

Viento Divino

F. Javier Pérez Fernández

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Anastasio Paredero Rodríguez, Concha López Díaz y Martín Martí Hernández, secretario.

© F. Javier Pérez Fernández
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".
Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".
Diseño colección: Victoria Carpena.
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.
I.S.B.N: 84-9224 11-9-5
Dep. Legal: MU-55-2004.

A Megumi Uemura,
que me contó la historia una tarde bajo las flores.

Son mentiras las esferas y mentiras los relojes, empeñados tercamente en convencernos de que regresan las horas como vuelven las agujas sobre símbolos inertes. Miente también el sol, que simula regresar cada mañana, restando importancia a sus ocasos con la promesa de otra aurora. Falsarios todos, se confiesan ante el reloj de arena, sin más lacra que su brevedad para nombrarse exacto. Cada cual lleva su ampolla y cada ampolla su enigma, y si el mundo se esforzara en contemplarse en un enorme, desmesurado reloj de arena capaz de englobar en su monstruosidad el escombros de los siglos, no prosperaría tanto empeño en regalar horas, años y existencias; otro sería entonces el sol que deambulara por el cielo, sin consumir ya su estafa de apariencias, imposibilitado para recrear espejismos circulares.

La carta se perdió, como otras tantas boyas de la memoria, pero la señora Mera, sentada cómodamente en su silla predilecta, aún es capaz de recitarla mientras se deshace su complejo peinado repitiendo el más largo y placentero de sus rituales diarios. Cada mañana se peina hasta que todo su blanco cabello queda completamente liso, contrastando con los suaves pliegues de su rostro, para entregarse luego, durante mucho tiempo, a rehacer su tocado.

Al anochecer, embebida como ahora ante una vela, irá retirando uno a uno los alfileres, aboliendo lentamente las

formas impuestas por la luz del día. Quita siempre el último con especial deleite, esperando que su cabello se deslice mansamente sobre sus hombros. Entonces deja el alfiletero sobre la mesilla, y mirándose al espejo con ojos inexpresivos, busca el fondo de la llama mientras se cepilla el pelo durante horas interminables, acariciando los recuerdos que fluyen por su mente con la misma facilidad con que un riachuelo desciende por los viejos surcos de la montaña.

II

Ikuko padecía dos de los peores males que podía sufrir un japonés de mediados de este siglo: era mujer y pobre. Además, no quería casarse, temerosa de perder la escasa libertad que disfrutaba desde la muerte de su padre.

Hikari no había sido ni mejor ni peor que cualquier otro, e incluso había respetado sus más íntimas convicciones siempre y cuando, claro está, no menguaran su docilidad o su obediencia. Ni siquiera le había impuesto un matrimonio como era su prebenda, y ajeno a todo consejo dejó que su hija siguiera soltera si así lo deseaba. Alá muerte del padre, la madre se había organizado valientemente para sostener el pequeño negocio familiar, pero Kim, la hermana mayor, estaba a punto de casarse y eso cambiaría la jerarquía en la familia relegando a la hermana más joven al simple papel de sirvienta. Se esperaba de Ikuko que hiciera pronto otro tanto, y pretendientes no le faltaban, pero aunque ella no sabía muy bien lo que quería, estaba completamente segura de lo que no quería en absoluto

y sus aspiraciones de libertad no se limitaban a ser dueña únicamente de sus pensamientos.

Le iban quedando cada vez menos salidas cuando las circunstancias le dieron una nueva e inesperada oportunidad: se había declarado la guerra y al Sur de su isla necesitaban mujeres que atendieran a los soldados de una base aérea. La disculpa del patriotismo serviría incluso para mantener las formas y volver al pueblo con la cabeza alta si el tiempo demostraba que se había equivocado. Ikuko se preguntó qué significaría exactamente atender a los soldados, pero como era la mejor de sus alternativas, se despidió de su madre y de su hermana y se fue a la base. El viaje no le llevó más que un par de horas, pero a Ikuko le pareció que habían transcurrido varios años cuando se encontró ante el hosco suboficial de reclutamiento atrincherado tras una mesa gigantesca.

-Nombre - se limitó a mascullar el militar.

-Aitoshi, Ikuko.

-Fecha y lugar de nacimiento.

-Kerimoto, seis de marzo de mil novecientos dieciocho.

-Fecha y lugar- repitió el sargento alzando brevemente la vista del formulario. Ikuko pensó que aquello no iba a ser nada fácil, pero no dejó entrever su malestar.

-Seis de marzo de 1918, Kerimoto -repuso sin disculparse por el anterior desliz.

-Estado civil.

-Soltera.

-Parientes a su cargo.

Aquella pregunta no era extraña en un momento en que, por haber sido movilizados los hombres útiles, muchas mujeres eran el único sostén de la familia.

-Ninguno.

-¿Qué sabe hacer?

-Cocinar, lavar, coser. Todas las labores domésticas.

-¿Algo más?

La mirada con que el militar aderezó aquella pregunta no admitía dudas sobre lo que en realidad estaba preguntando.

-Nada más.

-Espere a que la llamen para el examen médico y si resulta apta vuelva a verme con el documento que le entregarán.

Resultó apta y enseguida le asignaron una litera y algo parecido a una bata que la identificaría como miembro del cuerpo femenino auxiliar. La jefa de aquel menguado ejército de mujeres se llamaba Idzumi y aparentaba treinta años más de los cincuenta y siete que tenía. Hasta que se movía; entonces, las que tenían que seguir su ritmo se preguntaban cómo podían haberla tomado alguna vez por una anciana. Instruyó brevemente a Ikuko en sus obligaciones, le presentó a sus compañeras y le dijo que empezaría a trabajar esa misma tarde.

Y aunque nunca había sido perezosa, la recién llegada no tardó en comprender que, viniendo de aquella mujer, la palabra trabajo debía ser escrita con grandes y destacadas letras.

III

Era la primera vez que Ikuko salía de su casa y estaba un poco asustada. La convivencia con otras mujeres que no fueran su madre y su hermana no le resultaba ajena, pero tampoco era experta en hacer amistades. En su pueblo se la consideraba una

muchacha retraída, poco dada a confianzas ni confidencias, pero en la base enseguida trabó relación con las demás mujeres del servicio, tanto con las que como ella acababan de llegar como con las que estaban en el aeródromo desde el principio. La guerra también había fomentado en ellas una especie de camaradería difícil en otras circunstancias, y no sólo por la formación que recibieron de los militares en cuanto a lo que debían hacer en caso de ataque enemigo. La abundancia de trabajo y el hecho de saberse más a salvo que aquellos a los que servían tomaban cualquier inconveniente, cualquier falta contra la necesaria cordialidad, en casi un acto de traición a la patria.

Además, era difícil no tomarse con buen humor las penurias cuando los pilotos salían a diario a jugarse la vida y de regreso se pasaban el día bromeando entre ellos e incluso con las mujeres. Todos eran muchachos jóvenes y vigorosos que odiaban sobre todo los días en que las inclemencias atmosféricas mantenían los aviones en los hangares, y hasta Idzumi era en tales ocasiones blanco de sus festivos y floreados requiebros.

En esas circunstancias, las cartas de Ikuko a su familia se fueron espaciando a medida que convertía el estruendoso bullicio de la base en su verdadera casa, el único lugar donde salvo a una docena de jefes superiores podía hablarle a cualquiera sin mayores ceremonias. Incluso el sargento que la había recibido sonreía a modo de disculpa cuando había de pasar por un lugar recién fregado.

Aquel día llovía a mares sobre la isla y Aio e Ikuko se secaban enérgicamente en el dormitorio antes de ir a las dependencias de la cocina. Aio era una de las primeras mujeres que habían acudido a la base y compartía con Ikko, como todos la llamaban, la intención de someterse lo menos posible a cualquier voluntad que no fuera la propia. Quizás por eso se habían hecho buenas amigas en los pocos meses que llevaban

juntas.

Cuando corrían hacia el barracón se habían cruzado con Yashiro, un piloto recién salido de la academia y ambas se habían fijado en el apuesto muchacho.

-¡Qué guapo es ese Yashiro! --exclamó Aio en cuanto se lo permitió el lienzo que hacía las veces de toalla.

-Demasiado guapo para ser de verdad- repuso Ikuko.

-Seguro que ni siquiera es piloto. Lo deben de haber traído aquí para que no nos marchemos a trabajar a otro sitio. Las dos rieron de buena gana la ocurrencia. No había, llegado ninguna empleada nueva a la base después de Ikuko, sobre todo porque las que decidían trabajar preferían las ,3 fábricas, donde además de ganar un mejor salario no tenían ' que sufrir las restricciones de la vida militar.

-¿Sabes de dónde es?

-De Kumarnoto, o eso dicen.

-Eso dicen, eso dicen... -rezongó Ikko -seguro que sabes hasta el nombre de sus padres.

-No, pero no me importaría saber eso y otras cosas, muchas cosas, todas las que quisiera contarme...

-Ya. En el bosque, junto a un estanque y todo eso.

-o en el hangar, junto a las pistas, o donde sea. '

Ambas volvieron a reírse. El que se hubieran alejado de sus familias para evitar casarse no significaba que le hicieran ascos a los hombres.

-¿Y qué crees que pensará él? -preguntó Ikuko, desabotonándose la blusa. "

-No pienso ir a preguntárselo.

-No, en serio. ¿Qué pensará él? A veces me fijo en cómo nos miran los pilotos y no sé, pero creo que les gustaría decimos algo más que esas tonterías sobre que somos las flores de este desierto o más bonitas que en sus sueños.

-No te engañes. Para lo demás ya tienen a las otras. ¿O dónde te crees que van cuando tienen un permiso?

-Tampoco me refiero a eso- negó Ikuko, buscando las palabras justas para expresar lo que en ese mismo instante descubriría en su mente.

-Pues tú dirás.

-Quiero decir que entre ellos son todos muy valientes, muy hombres y muy mayores, y que precisamente por eso hay cosas que no se pueden permitir mencionar con sus compañeros. Cuando tienen miedo, ¿a quién se lo cuentan?, ¿a quién pueden ir a decirle que echan de menos a su familia y que les gustaría volver a casa? Quiero decir que seguro que también tienen momentos en que les pesa el tener que mostrarse fuertes y no tienen ni un respiro.

-Pero eso nos pasa a todos.

-Para nosotras es distinto. Si una no aguanta más, por lo que sea, y se echa a llorar, no pasa nada, ¿pero qué ocurriría si uno de ellos se echara a llorar un día? No siempre, pero a veces, cuando uno de ellos me dice una tontería, pienso qué querrá decirme en realidad. ¿No te has fijado en que nos miran y nos tratan distinto cuando nos los encontramos a solas?

-Eso es cierto.

Ikuko siguió librándose de la ropa mojada mientras ponía en orden, fascinada, todos aquellos pensamientos nuevos para ella.

-¿No será que los piropos los dicen sólo para que los oigan los otros y nosotras estamos simplemente en medio? .

-También tratan de ser agradables y no tienen nada mejor que decimos.

-O no se atreven.

Aio guardó silencio un instante contemplando la desnudez de su amiga hasta que los ojos de Ikko se cruzaron

con los suyos.

-¿Has estado alguna vez con un hombre?-le preguntó a bocajarro.

Ikuko sintió de pronto pudor y dio la espalda a su compañera, también desnuda.

-No-- respondió en voz baja.

-Yo sí, y te lo pregunto porque sabes mucho sobre cómo piensan sin haber estado con ninguno.

-No lo sé. Lo imagino nada más-. Después de sincerarse con Aio dejó de sentir vergüenza y se volvió de nuevo hacia ella.

-¿Y como sabías que nunca he estado con un hombre? Aio sonrió abiertamente tratando de restar solemnidad a aquella conversación impensable.

-Porque hay también muchas cosas que no sabes. A veces no dicen las cosas para que les oigan los demás, ni para que las oigamos nosotras. Hablan para sí mismos, para escucharse, para sentirse mejor, porque el hecho es que nos tienen miedo.

Ikuko también sonreía.

-¿Miedo?, ¿a nosotras?

-Si, miedo, porque no hay vergüenza en que te niegue algo un superior, pero nosotras, que somos insignificantes, podemos rechazar al más grande de los hombres y por eso tienen miedo. Para evitar el riesgo de esa vergüenza se inventaron los matrimonios concertados entre familias, pero eso es cada día más raro, y más ahora, que no se sabe quién vivirá y quién no después de esta guerra. Ahora el que quiera una esposa deberá buscarla y convencerla de que estará bien con él, y eso deja a los hombres a nuestra merced, porque todo su orgullo y su valía tienen que pasar por nuestra balanza. Y cuando se es dueño del arroz pero no de la balanza, ya no se puede estar seguro de que se hará un buen negocio.

Ikuko asentía, acaso más seria de lo que la ocasión requería.

-Hay muchos en esta base- siguió Aio -que preferirían vérselas a solas con una escuadrilla enemiga que con una chica.

-Si es contigo, no me extraña- contestó Ikko.

En ese momento entró en el dormitorio Shikibu, otra de las chicas, y la conversación cambió de rumbo, aunque no mucho, pues también ella se había fijado en el recién llegado Yashiro. Como se hacía tarde, Shikibu se enjuagó solamente el pelo y las tres fueron hacia la cocina, donde la implacable Idzumi ya había preguntado por ellas.

IV

Las semanas y los meses siguieron sobrevolando la base sin posarse apenas en ella, seguramente espantados por la amenazante defensa antiaérea que protegía las instalaciones. En ese tiempo, y como no podía ser de otro modo, varias muchachas del servicio auxiliar trabaron relación con militares e incluso hubo un par de matrimonios urgidos por la contienda.

Eran amores fugaces con ansia de ser eternos, amores que se reían de la posterior prueba de la convivencia en un país donde no hacía mucho se casaban personas que jamás se habían visto. Y todos sin excepción fueron bien, si no por acertados, sí por falta de ocasión para el recelo y la querrela en un mundo donde el enemigo se suponía al otro lado del mar y todo el mundo trataba de arrimar el hombro al compañero en un intento, casi determinación, de superar las penurias. Incluso las

normas de la base se relajaron un tanto y las parejas podían verse solas en oscuros rincones sin que nadie se preocupara demasiado de adónde iba cada cual. Sólo los descuidos, escasos por otra parte, eran castigados con el máximo rigor por el comandante Mera, un hombre enjuto y bajo, ya entrado en años, que no había ascendido por misteriosas desavenencias con sus inmediatos superiores.

Aio mantenía desde hacía unas semanas un equívoco romance con Sakoshi, un piloto veterano y rendía diariamente a Ikuko noticia de sus andanzas. Pero aquella noche fue Ikko la que llegó azorada al dormitorio despertando la curiosidad de su amiga.

-¿Que te ha pasado? Vienes como si te persiguiera alguien.

Ikuko se echó a reír, más de su propia transparencia que de las palabras de Aio.

-Ha sido una cosa rarísima.

-Cuenta, cuenta.

-Estaba en uno de los almacenes recogiendo los trastos que me había dejado allí esta tarde y me encontré a Yashiro sentado en un bidón, mirándome.

-No me digas que... -la interrumpió Aio, que seguía pensando que Yashiro era el hombre más guapo de la base.

-Seguí ocupándome de mis cosas, pero como seguía mirándome y estaba muy serio acabé por preguntarle qué estaba pensando. Enseguida me arrepentí de haber sido tan descarada, pero ya era demasiado tarde. En este sitio me estoy volviendo una maleducada.

-¿Y qué te dijo? No vendrías sin resuello si te hubiera contestado que pensaba en su familia, o en Ikoshi. Ikoshi había sido la primera baja de la base le habían derribado hacía dos semanas y fue un golpe para todos. De

hecho, su muerte fue el desencadenante de las dos bodas que había visto el aeródromo en sólo diez días.

-Pues... pues me dijo que estaba pensando algo que decirme pero no se le ocurría nada.

A Aio le dio la risa, esa risa suya breve y nerviosa que a veces resultaba tan molesta y a veces tan contagiosa.

-¿Y tú que hiciste?

-Quedarme allí como una idiota.

En realidad le había dicho Yashiro que no tenía por qué decirle nada ingenioso, que también podía descansar de vez en cuando, pero como él ni siquiera sonrió ante la ironía, Ikuko sintió un leve remordimiento y se propuso ser más amable: aquel chico le gustaba de veras y los meses que había pasado en la base la habían cambiado hasta el punto de que en aquel momento no desdeñaría una pequeña aventura.

-¿Y no pasó nada más? -preguntó Aio, ávida de grandes historias.

-Intentó abrazarme y salí corriendo. Eso es todo.

Yashiro también se dio cuenta de que se había quedado demasiado serio y trató de arreglar las cosas.

-Tú también puedes dar un poco de tregua, ¿no? -le dijo extendiendo una mano. Pero como ella no hizo ademán de acercarse, el joven piloto se bajó de su improvisado asiento y se acercó a Ikko, que no sabía muy bien qué hacer. No sólo no había estado nunca con un hombre sino que además apenas había tenido escauceos juveniles.

Yashiro le puso la mano sobre el hombro con toda naturalidad, pero la notó tan envarada que corrigió enseguida el gesto para desesperación de ella, que no acaba de encontrar el modo de comportarse.

-¿Qué hacías aquí? -preguntó. Detestaba la conversación forzada, pero había que elegir entre eso o decir que tenía que irse, así que dio por buena la pregunta.

-Nada. Sabía que vendrías.

El silencio se apoderó de Ikuko, que decidió marcharse para no parecer aún más idiota de lo que se sentía.

-A veces, cuando vuelo, pienso en ti.

Ella se detuvo cerca de la puerta, escuchando el sonido de las botas que se acercaban.

-¿Por qué?

Esa era su pregunta favorita, su piedra de toque: en el terreno de las razones no se hallaba tan perdida como en el de los sentimientos. Con esa seguridad, esperando la respuesta del joven piloto, se dio de nuevo la vuelta para mirarle.

-¿Tiene que haber siempre un por qué? -sin saberlo, Yashiro le había contestado como tantas y tantas veces lo hicieran su madre o su hermana.

-Siempre. Unas veces está antes de las cosas y otras no, después, pero siempre hay un por qué.

-Está bien. Pues porque eres distinta.

-Esa frase no lo es.

-Estaba aquí porque sabía que vendrías y porque a menudo lamento que no estés conmigo cuando, al regresar, se pone el sol a nuestra espalda y el mar se vuelve rojo. Porque siento todo eso y no te he hablado nunca, y no sé quién eres, ni de dónde, ni por qué has venido aquí, ni por qué te quedas en la base cuando las demás salen con los muchachos.

Yashiro sintió que había puesto demasiado énfasis a sus palabras y trató de enmendarse con una sonrisa.

-¿Responde todo eso a tu pregunta?

-De momento sí, pero nunca se me acaban las preguntas.

Él volvió a colocar la mano sobre su hombro y esta vez

la encontró más relajada, así que pensó dar un paso más, pero cuando se acercó para abrazarla, Ikuko recordó de pronto que era muy tarde y se fue dejando la puerta abierta. De hecho, dejó todas las puertas abiertas.

-Mañana volveré por aquí. -dijo.

-¿Pero por qué te fuiste?-le recriminaba Aio-. No te vas a romper si te abraza.

-No sé. Si tiene interés volverá mañana, y si no lo tiene, creo que he hecho lo mejor.

-Hablas como mi madre. Incluso si no tiene interés, creo que has hecho mal. Si mañana no vuelve, ¿a quién vas a ir a reclamar? -concluyó Aio con su mejor gesto irónico.

-Vendré aquí a reclamar, malvada lo, y me pegaré a ti para que me abrases hasta que se me quede la columna como un cerezo, vieja alcahueta.

-y como hizo una vez mi abuelo conmigo, yo te llevaré afuera, clavaré un palo en el suelo y te diré que mires fijamente su sombra, hasta que te aprendas de memoria cada piedra por la que pasa.

-¿Yeso? -preguntó Ikuko sin saber dónde quería ir a parar su amiga con aquella incoherencia.

-Espera. Luego nos iremos y al cabo de un buen rato volveremos junto al palo y te diré que vuelvas a poner la sombra en su sitio.

-¡Vaya!

-Eso mismo pensé yo, pero por lo menos aprendí la lección: el barco que pasa se torna o se pierde.

-También los hay que son líneas regulares.

-Desconfía de los hombres que son líneas regulares.

-Bueno; que haga lo que quiera. Tampoco es tan importante -desdeñó Ikko sin excesiva convicción.

-¿Cómo que no es importante? ¡No hay nada más importante!

-¡Exagerada!

-Cuando seas vieja, ¿de qué te vas a acordar más: de todo lo que fregaste aquí o de que dejaste escapar a Yashiro?

-Tú quieres torturarme.

-Siiiiiiiiiiiiiiii -respondió Aio con expresión aviesa, tratando de esquivar el delantal arrebujado que Ikko le acababa de lanzar.

Y entre risas y bromas, las dos mujeres durmieron aquella noche pensando en mejores cosas que la guerra, el trabajo y hasta sus lejanas, cada vez más lejanas familias.

V

Pero no hicieron falta quejas, reclamaciones ni metafóricos relojes solares: Yashiro volvió al día siguiente y poco después llegó Ikko, tratando de que no se le notara que llevaba el corazón en un puño. Había pensado todo el día que él no iría y hasta reflexionó seriamente sobre si tenía razón Aio cuando dijo que en cualquier caso no fue buena idea marcharse el día anterior. Lo que más la sorprendía era su propio sentimiento de urgencia - avidez lo había llamado en uno de sus peores momentos- por volver a ver a aquel hombre, dos años más joven que ella, al que nunca había mirado como algo más que un motivo ornamental en medio de los poco agraciados rostros de la milicia.

Sentado en el mismo bidón, Yashiro la aguardaba jugando

con un cigarrillo que no se decidía a encender.

-Ya pensaba que no vendrías. -dijo con un gesto que intentaba ser jovial al tiempo que se incorporaba de su improvisado asiento.

-Yo también-respondió Ikko con estudiada ambigüedad-. Pero aquí me tienes, para que veas que cumplo mi palabra.

Yashiro la tomó suavemente por la cintura, pero con firmeza. También con descaro.

-¿Sólo para eso?- preguntó.

Ikuko se sintió sobrecogida por aquella súbita ruptura de las normas e hizo un leve, muy leve intento de zafarse, pero sus ojos se encontraron con los de él y supo que no había fuerza ni imposición alguna en aquel abrazo; sólo timidez y un poco de impaciencia por hacerse entender de una vez sin rodeos, asumiendo cada riesgo que eso implica en un mundo devoto de ceremonias y rituales interminables. Y en aquellos ojos negros supo que la muerte andaba cerca, lanzando aquí y allá sus cerriles dentelladas y no había tiempo para cortejos por más que los dos quisieran prolongar el goce de la duda; supo que los soldados pesan los días mientras los otros los cuentan y aquel joven iba medio doblegado por la carga de los suyos, y no pudo, no supo, no quiso resistirse. Sus manos, hasta entonces abandonadas en los costados, acariciaron ligeramente los brazos de Yashiro, que la atrajo un poco más contra su cuerpo hasta que los rostros se desenfocaron en un suave beso de bienvenida.

VI

Sin pena ni prisa acabó aquel año que para los cristianos “ fue 1943. Los altibajos de la guerra no detuvieron las lluvias, ni reanimaron a los escasos árboles que rodeaban la base, , desnudos por el invierno. Todo tendría su tiempo y su lugar, sin prisas, como tiene por costumbre obrar la naturaleza. Sólo los humanos se apresuran en asir lo que por fuerza ha de escaparse y tratan de aprovechar las horas y los días, conscientes de pronto de que no hay orden alguno, ni siquiera de antigüedad, cuando se trata de poner punto final a la existencia. Acortar las esperas no alarga el tiempo, pero en cambio lo revaloriza, haciendo que su propietario, usufructuario más bien, se sienta investido de crecida riqueza. Quizás por eso, sin duda por eso, una nueva plaga de matrimonios diezmó el personal femenino del aeródromo, y los huecos en las filas pudieron ser a duras penas rellenados ante la más perentoria necesidad de mano de obra femenina en otros sectores de la vida nacional.

La relación de Aio con Sakoshi aún no había llegado tan lejos, pero no se vislumbraba lejano un final parecido, lo que no terminaba de agrandar a Ikuko, que se vería privada de su ya única amiga en el aeródromo. Y no era sólo por egoísmo por lo que Ikko no acababa de ver con buenos ojos el matrimonio de su compañera de dormitorio: pragmática hasta el extremo no veía buen futuro a las relaciones establecidas en el fragor de una guerra, pues si todo marchaba bien y el conflicto terminaba pronto, los esposos se encontrarían ante una nueva forma de convivencia a la que no sabían si podrían enfrentarse en común, y si las cosas no iban bien o él moría, el apresuramiento no iba a servir más que para causar nuevos problemas.

Yashiro no compartía su punto de vista, pero estas razones habían sido suficientes para que no se atreviera a pedirle matrimonio, aunque lo hubiera deseado. Desde aquella segunda y decisiva cita en el almacén habían creado nuevos y fuertes lazos entre ellos, pero Ikuko se esforzaba en mantener una distancia no siempre comprensible para el sufrido piloto, que lo hubiera dado todo por ella sin preocuparse de mayores consideraciones.

Aquella noche salieron a pasear por los campos, fuera de la base, y éomo al día siguiente tendría lugar una nueva boda, la tercera en cuatro meses, el tema volvió a hacerse sitio entre ellos, desplazando a las caricias que habitualmente se dispensaban cuando quedaban a solas. ,.

-No es mala idea eso de casarse. El se va unos días de permiso y ella no tiene que trabajar más en la base. El único que pierde es el gobierno -dijo Yashiro, repitiendo una broma que había circulado aquel día por el cuartel.

-A todos nos vendrían bien unos días lejos de este sitio. -¿Cómo que unos días? , ¿no te gustaría vivir fuera de la base?

-Ni hablar. Me encanta la gente de aquí. Por la base no he visto esa gente tan habitual en el pueblo, que parece que lleva agua de río en las venas. Aquí no hay gente que ni siente ni padece, ni se ríe ni se preocupa. Aquí todo el mundo está el doble de vivo que en cualquier otro sitio que haya visto.

-Alguna ventaja tiene que tener la guerra. Gustar no le gusta a nadie, pero aburrirse, tampoco hay quien se aburra - ironizó Yashiro.

-No es sólo eso. Es que la gente tiene hasta mejor humor.

-Eso es verdad. Hasta el comandante Mera parece humano. Dicen que va a ser él quien case a la nueva parejita.

-Están locos -lamentó Ikuko refiriéndose a los que estaban a punto de contraer matrimonio. -Hacer proyectos en un tiempo como este es como salir a pescar en día de tormenta.

-¿Por qué? No veo qué pierden. O por lo menos, no veo qué pierden respecto a seguir solteros.

-Cualquier día... cualquier día puede pasar algo. Ya llevamos nueve bajas en la base, y cualquier día podemos sufrir un ataque y morir nosotras también. Nadie está libre. ¿Cómo se puede empezar así una vida junto a alguien?

A Ikuko le había costado pronunciar esas palabras y la tensión se notaba aún en su rostro, pero Yashiro se apresuró a borrarla con un beso, un beso largo y apasionado con los ojos abiertos, como se besa cuando se quiere atrapar un rostro más que perseguir una ensoñación.

-¿Acaso me quieres menos porque no estemos casados?

-inquirió él, utilizando la pregunta como parte del razonamiento.

-No. A veces pienso que te quiero más por eso, porque me dejas conservar algo par mí, porque no me obligas a apostar todo ahora que es tan fácil perder.

-¿Guardar, el qué?

Ella entendió y se apresuró a desmentir aquella idea.

-No, no es que quiera reservar nada para tener una nueva oportunidad si te pasa algo.

-Pasar algo, cuando se va en un avión, es matarse. No hay más algos: las cosas claras -dijo Yashiro con dureza. Ikko asintió con la cabeza, disculpándose, y trató de aclarar su razonamiento aunque no sabía muy bien cómo desentrañar el laberinto que se le formaba en la cabeza.

Es difícil de explicar: no quiero entregarme por completo porque si lo hago y te ocurre algo me moriría, nos derribarían

a los dos. Lucho cada día por no enamorarme completamente de ti porque quiero estar segura de que podría seguir viviendo aunque te pasara algo. Ya sé que es más bonito decir lo contrario, pero el hecho es que en esos momentos hay que vivir y pienso que no sabría como hacerlo. Me asusta poner todas mis raíces en ti, pero no sé como evitarlo.

Yashiro la miraba serio, oscuro incluso, pero sin un ápice de reproche en su semblante.

-Lo sé. Sé muy bien de qué hablas. A veces pienso que era mejor piloto antes de conocerte, porque ahora temo no volver a verte y tal vez no me porte ya con el mismo arrojo que antes. Las acciones heroicas son para los que no tienen nada que perder y tú me conviertes en un mal soldado. Cuando lo, pienso todo esto... siento... miedo. Miedo y pena.

Ella puso su mejilla contra el pecho de Yashiro, que acaba de sentarse sobre un tronco seco. Ella abrazó casi con demasiada fuerza y se besaron de nuevo como si aquello fuera una despedida en vez de una noche de invierno, solitaria y fría, bajo estrellas igual de frías y solitarias, imponiéndose una a una en el cielo sobre el último resplandor de una luna ya caída.

Las manos de Yashiro acariciaron con vehemencia todo el cuerpo de ella hasta que, casi sin quererlo se encontraron con los pechos e Ikuko se sintió recorrida por un breve estremecimiento que él percibió también. Él estuvo a punto de parar, pero se dio cuenta de que aquel temblor era distinto al de otras veces y siguió con sus caricias hasta que la hizo resollar de placer, encendiéndose él también en aquel fuego. Ikuko se refrenó un tanto y pidió tregua retirando las manos de él de sus pechos, pero Yashiro le desabotonó la blusa, apartó el sostén y atrapó un pezón entre sus labios. Entonces Ikuko se sintió perdida y echando atrás la cabeza se dejó vencer por aquel placer recién descubierto. Poco después los dedos de él le

acariciaban el pubis y cuando llegaron un poco más abajo Ikuko no pudo reprimir un grito. Antes de darse cuenta se sintió desnuda sobre la hierba y hasta tuvo tiempo para sorprenderse de no sentir ningún frío. Él seguía cubriéndola de besos mientras acariciaba sus pechos, sus costados, sus nalgas y regresaba una y otra vez al punto que conmovía todo su cuerpo. Ikuko adivinó lo que iba a pasar y sin saber muy bien por qué trató de resistirse, pero cuando tuvo el cuerpo de él sobre ella abrió ampliamente las piernas y abrazó a su hombre hasta sentir una breve y aguda punzada dolorosa y luego algo que se abría paso en su vientre desplegando remotos placeres somnolientos. Yashiro estrechó a Ikuko fuertemente entre sus brazos y los dos se miraron largamente con nuevos ojos hasta que él empezó a moverse de nuevo al tiempo que la besaba. De pronto Ikuko sintió un temblor invencible y todo su cuerpo se cimbrió al mandato de aquella fuerza, pero Yashiro no disminuyó el ritmo hasta que minutos después, con Ikuko ya vencida, se entregó a su propio temblor haciéndose lo sentir también a ella.

Desnudos y exhaustos bajo el cielo de invierno hablaron de todos sus miedos y anhelos con palabras que parecían recién fundidas y exploraron los deleites de la carne hasta que las primeras luces del horizonte les sorprendieron en medio de su última apasionada batalla.

VII

En las pistas ya no extrañaba a nadie ver a Ikuko despidiendo a los aviones por la mañana, cuando salían a patrullar, ni esperarles a su regreso, a cualquier hora. El comandante pensó llamarle la atención a Idzumi por permitir que se relajara de tal modo la disciplina entre las mujeres a su cargo, pero vio tanto entusiasmo en los muchachos que acabó admitiendo que la presencia de la empleada en las pistas era buena para la moral.

Durante todo el día Ikuko cumplía con su trabajo esperando no recibir noticias, ningún tipo de noticias sobre la escuadrilla de servicio, y en cuanto llegaba Yashiro los dos se abrazaban como si hiciera meses que se hubieran separado. Los primeros días fueron horribles para ella, constantemente preocupada por la suerte de su hombre, pero el poder de la costumbre es tal que hasta arriesgar la vida a bordo de algo tan frágil como un avión puede convertirse en cotidiano, y al cabo de unas semanas quedaba sólo de aquel miedo el entusiasmo de los reencuentros, antes aún de que Yashiro se presentara a sus superiores a informar de las patrullas.

Siguieron viéndose por las noches en lugares oscuros, apartados o solitarios, hasta que a finales de febrero llegó Aio al dormitorio a decir que también ella se casaba y que iría a vivir al pueblo aunque de momento seguiría trabajando en la base: Sakoshi pensaba que las cosas se estaban poniendo difíciles y no quería esperar más.

Desde ése día Ikko se quedó sola en el dormitorio. Yashiro pudo incluso quedarse a dormir con ella alguna noche que la guardia hacía la vista gorda, lo que en realidad era la

mayor parte de las veces, pues, como todos decían, ya daba el enemigo bastantes problemas como para poner más inconvenientes a hombres de probada fiabilidad.

En aquellas largas noches recuperaron el tiempo perdido en lo largos años que habían pasado antes de conocerse, y aunque acostarse tarde y levantarse temprano no da salud, indiscutiblemente alarga la vida. Absortos en amarse, se olvidaban incluso de la guerra, los peligros y lo quebradizo de la felicidad que disfrutaban. Completamente a oscuras cartografiaron sus cuerpos y sus voces, recordando la niñez en los campos y las pequeñas anécdotas que diferenciaban sus vidas de las de otros cualquiera, y hasta llegó a parecerles imposible el haberse contemplado alguna vez con indiferencia por los pasillos de la base antes de haber unido sus vidas en un amor sin contrato.

Poco a poco la costumbre fortaleció la esperanza, y aunque seguían haciendo el amor con la furia del que sabe que cada vez puede ser la última, el tiempo apartó los miedos hacia grutas más profundas de la mente. Aun así, ella no quiso casarse hasta que no acabara la guerra por más que Yashiro se lo pidió en varias ocasiones, explicando incluso que deseaba tener un hijo.

Cuando Ikko escuchó lo del hijo permaneció en silencio varios minutos y él no quiso interrumpir sus pensamientos con nuevas palabras que reforzaran unas razones de sobra comprendidas.

-Nunca he hecho nada por no tenerlo -dijo ella al fin, encogiéndose de hombros -. Si no ha venido es porque no es tiempo de hijos.

-Con no desearlo puede ser suficiente.

-¿Tu crees?- respondió ella con cierta ironía.

-Eso decía mi abuela. Sólo tuvo tres hijos porque no

quiso ninguno más y se limitaba a no desear quedar embarazada.

-¿Y que edad tenías cuando te contó eso?

-Catorce años.

-A lo mejor eso lo explica todo.

-Pero no me lo contó a mí. Oí cómo se lo decía a mi madre.

Ikuko se rió de la persistencia de Yashiro en la idea.

-Mi madre también se reía -dijo él, abandonando por fin el razonamiento--. Pero dime, ¿lo deseas, o simplemente no lo evitas?

-No lo sé. De verdad creo que no es tiempo para hijos.

-No hay momento mejor, con la cantidad de gente que se va para hacerles sitio.

-Por eso mismo. Estamos en un momento en el que la vida debería contener la respiración y reservarse para luego, para cuando todo haya terminado.

-Pero la vida no espera. Estos años que pasamos aquí no van a volver...

-Deberían -interrumpió ella.

-¿Por qué? La guerra es la que nos ha unido. Si no fuera por la guerra es seguro que nunca nos habríamos conocido. Yo sería obrero en una fábrica y tú la esposa de algún campesino o pescador de tu pueblo. La mejor gente que he conocido en mi vida la he conocido aquí, y también aquí he pasado los mejores momentos, o al menos los más intensos. Cuando esto termine creo que me moriré de aburrimiento nada más volver a casa.

A Ikuko no le gustaron nada aquellas palabras.

-A todos os gusta, pero todos estáis igual de asustados. No lo comprendo.

-También te puede gustar lo que te asusta. Tú me asustas a veces. -respondió él, acompañando la última frase

con un beso.

-Pero, ¿por qué?, ¿cómo os puede gustar salir ahí arriba, a exponeros a que os maten?

-Subes ahí arriba a coger aire, a respirar de veras, a vivir el tiempo que sea pero libre.

-¿Libre?

-Más libre que el que se pasa la vida entre las redes, más atrapado que los peces que captura, o que el campesino que se convierte casi en una joroba del arado...

-¡Pero ellos pueden pensar en el futuro sin miedo- replicó Ikko con vehemencia.

-Las tortugas viven cien años; ¿té convertirías tú en tortuga?

-A veces me gustaría.

-y en todos tus largos cien años no podrías ir a ninguna parte.

-Despacito, despacito, te buscaría por todas partes. - respondió ella, zanjando la discusión.

Él la abrazó suavemente y comenzó a acariciarle la espalda.

-Intentemos de nuevo lo del niño.

VIII

Entre el 31 de enero y el 12 de febrero se desarrollaron las operaciones en que la 4.ª División norteamericana de marines asaltó las islas Roi y Namur mientras la 7.ª de Infantería se ocupaba de Kwajalein, base principal de los

japoneses en las Marshall, un conjunto de islas madreporicas donde éstos se defendieron con fanática resistencia. La batalla durará veinte días y en ella perderán la vida los contraalmirantes Yamada y Akikama, jefes de la defensa de Kwajelein y Rougelap, respectivamente. Con ellos caerán también los 6.500 hombres que integraban la guarnición de las islas. El 11 de febrero, el vicealmirante Harry Hill dirige los desembarcos de Tarawa, Eniwetok y Tinian, donde las pérdidas niponas alcanzan el cien por cien en algunos casos, mientras en Birmania cobra su máxima virulencia la ofensiva aliada contra las tropas imperiales, que resistirán hasta abril de 1945.

La fuerza aérea multiplica sus esfuerzos por auxiliar a la infantería cercada en las islas del Pacífico y entabla cada vez más duros y numerosos combates con la aviación estadounidense, que impone su superioridad técnica y material.

El 18 de junio, comienza la decisiva batalla del mar de Filipinas.

IX

El 25 de mayo, Ikko asistió a la ceremonia de boda de Aio e incluso llegó a plantearse aceptar las cada vez más insistentes propuestas de Yashiro, que seguía abrazándola cada día al regresar pero cada vez sonreía menos.

El día que la encontró en las pistas bajo una lluvia tan copiosa que hasta hacía peligroso el aterrizaje supo que estaba verdaderamente preocupada, pero ni él ni ella mencionaron el asunto y siguieron manteniendo su amor entre paréntesis,

como un espacio ajeno a todos los temores que agitaban su tierra, su patria y el mundo entero en aquella sangrienta primavera. Acaso olvidarse de los problemas no arregle nada, menos aún simular que no existen, pero cuando la solución está en manos demasiado poderosas y lejanas incluso para pensar en ellas, otro tanto vale preocuparse, y la preocupación es un muro que sirve sólo de encierro y nunca de parapeto, que empareda y no defiende, que sepulta y no preserva. Ikuko y Yashiro apartaron con todas sus fuerzas esa losa de su vida y vivieron la plenitud de unos días que podrían llamarse irrepetibles si tal adjetivo no fuera una torpe obviedad cuando es de días, horas y años de lo que se habla.

A primeros de junio llegó la temida orden de traslado.

Todos los aviones disponibles se transferirían al sur, donde se esperaba entablar una gran batalla que podía decidir el curso de aquella guerra. Los pilotos fueron entrenados rápidamente para operar desde portaaviones y la vida en la base despertó de su relativa tranquilidad para ultimar los preparativos.

Ikuko prefirió sentarse cuando Yashiro le confirmó aquella noche que se iría en tres días, pero no dijo nada. No supo qué decir. Se abrazó a él y permaneció así toda la noche, paralizada, negándose a separarse de él, que se fue antes de lo habitual, acaso porque tampoco tenía nada que decir. y cuando fue a la cantina, pensando aún en la mujer que había dejado sentada sobre una estera, sólo vio a su alrededor sombras inconsistentes, como si los hombres que allí siempre encontraba se hubieran convertido en signos y grafismos capaces de escribir historias, o de preverlas, y se sintió uno más de aquellos ideogramas preguntándose qué querrían decir todos en conjunto, qué escritura profética componía el deambular de tantos hombres simulando no estar asustados.

No solía beber pero aquel día lo hizo, acuciado quizás

por la propia imaginación, que se empeñaba en mostrarle a Ikuko criando los hijos de otro hombre, yaciendo con él, gimiendo bajo su cuerpo, mientras el retrato olvidado de un joven aviador dormía en un cajón bajo paños y manteles como duermen los retratos del pasado que ya es pretérito perfecto, concluso, sellado con legañas de noches en vela y llantos estériles. Y entre los vapores del alcohol vio la guerra ganada y a su patria triunfante, pero sin él, y vio días de prosperidad y alegría, y grandes pasteles de fiesta que no probaría, y a niños jugando con los hijos de otro hombre, y la cabeza de Ikko cubierta de canas, y cientos, miles de árboles poblándose y despojándose de sus hojas en interminables estaciones, pero sin él. Dejó entonces de beber y con otros compañeros, más borrachos aún, se fue a los barracones a enterrar tanta inventiva.

Los tres días que faltaban para la marcha fueron una fiesta continua aunque no hubo un momento de respiro en medio de los preparativos. Nadie necesitaba un pretexto, pero la alegría se justificaba en la idea de que el final de la guerra podía estar cercano. No hubo despedidas solemnes ni siquiera los que se quedaron desearon buena suerte a sus compañeros con especial emoción: cuando llegó el momento, los hombres partieron y Yashiro se despidió de Ikuko con una verdadera sonrisa, realmente confiado en que todo marcharía bien. Hubiera deseado besarla, incluso ante todos, pero pensó que aquel toque de ternura en un mundo de soldados sería tanto más ridículo cuanto más sentido, igual que la mariposa posada sobre el asta de un bueyes más grotesca cuanto más hermosa.

De todos modos, hubiera deseado besarla, y el fantasma de ese beso traicionado le acompañó todo el día en la cabina.

X

La batalla del mar de Filipinas fue un desastre para los japoneses. Aunque los hombres de la base participaron en ella sólo como fuerza de cobertura, nueve de sus aparatos se unieron a los más de cuatrocientos aviones perdidos por la fuerza aérea imperial en sólo dos días.

Uno de los nueve fue Yashiro.

Cuando los aviones volvieron a la base, Ikuko los esperaba como siempre al pie de las pistas, pero su hombre no estaba entre los que regresaban. Aún así esperó largas horas en la pista, inmóvil, sin concederle un resquicio al descanso, y ni siquiera Idzumi se atrevió a reclamarla para el trabajo. Cuando anocheció, Ikuko miró por última vez al horizonte y se dirigió a la soledad del dormitorio, donde la esperaba Aio que conocía la noticia del derribo de Yashiro y se había quedado a dormir en la base para estar con su amiga. Sakoshi también participó en los combates pero había regresado. Él fue quien le contó cómo Yashiro fue alcanzado por el fuego cruzado de dos cazas americanos. Su avión había caído al mar.

Aio había pasado la tarde entera pensando qué era lo que debía decir, pero Ikuko no habló con ella. Se limitó a abrazarla y sentarse en su estera, con la mirada perdida. Cuando Aio comprendió que era mejor marcharse, dejó sola a su amiga, que ni siquiera levantó la cabeza para despedirla.

Ikuko creyó que entonces lloraría, pero no brotó lágrima alguna de sus ojos. Guardó silencio durante tres obstinados días, pero sin caer nunca en los mundos imaginarios con que tienta la desdicha a los que se enredan en sus hilos, sin negar lo evidente ni sus consecuencias.

Aun así, siguió yendo a las pistas cada mañana a despedir a los pilotos. La primera vez que la vieron, los hombres, que charlaban animadamente camino de los aviones, guardaron silencio, como si se les hubiera aparecido algún espectro transfigurado, pero la mujer los saludó con la mano tratando de sonreír y todos, sin excepción, contestaron al unísono a aquel saludo con gestos que se agitaron en el aire como queriendo espantar un insecto o una idea. Ella les miraba atentamente, buscando acaso en sus gestos la cercanía de la muerte que Ikko era incapaz de sentir y aún menos de comprender, por más que conociera su significado.

Los hombres partieron hacia el Sur y la muchacha regresaba a sus atareas cuando oyó a su espalda una voz ronca, inconfundible.

-Señorita Aitoshi.

Era el comandante Mera, que había presenciado la escena. En otro momento cualquiera a Ikko se le hubiera parado el corazón al ser interpelada por aquel hombre, pero y le daba todo igual y se limitó a darse la vuelta y responder con militar cortesía, recobrando por fin la palabra, desterrada desde la muerte de Yashiro.

-Sí, señor.

El comandante se vio sorprendido por el aplomo de la joven.

-Quiero hablar con usted.

Ikuko no respondió: allí estaba, dispuesta a oír lo que tuviera que decirle.

-Su actitud no beneficia a la moral de los hombres. Es usted como una mancha de ceniza, que no deja olvidar la quemadura.

Tampoco ahora contestó nada. El comandante buscó sus ojos pero Ikko miraba al suelo con la conveniente humildad.

-Trate de olvidar. Esto es una guerra.

El comandante entendía muy bien a Ikko: él mismo era viudo desde hacía tres años, cuando su esposa murió en el parto de su primer y ansiado hijo. El niño tampoco sobrevivió y su actitud después de aquello era sin duda la causa de que a pesar de su historial y experiencia permaneciera lejos de primera línea. Pero aunque él permanecía anclado en la base era el frente el que se acercaba y Mera sabría cumplir con su deber.

-Volveré a casa -dijo Ikuko al fin.

-No es necesario que se vaya. La señora Abekura está muy contenta con su trabajo.

-No quiero ser un estorbo.

-Yo no puedo obligarla a que se quede.

Era lo más que podía decirle. Si quería entender, entendería.

Ikuko levantó la cabeza y posó sus ojos en los del comandante. Sabía que atreverse a aquello con un superior era una tremenda descortesía, pero si debía marcharse quería llevarse consigo la mirada de aquel hombre como bandera del mundo que dejaba atrás.

-Estoy a sus órdenes.

El comandante apretó los labios en un gesto difícil de interpretar, a medio camino entre el enfado y la resignación.

-Haga lo que quiera.

Ikuko volvió la espalda dejando al comandante como dueño absoluto del campo, solitario y frío como sólo pueden serlo las pistas de un aeropuerto. Sólo se había alejado unos pasos cuando oyó de nuevo la voz del oficial.

-Señorita Aitoshi.

La llamada no contenía ya ningún timbre imperativo, ni siquiera dominante.

-Sí, señor.

Ikko volvió a acercarse.

-¿Por qué viene aquí?

-Yo amaba a Yashiro.

-Lo sé. Pero ha muerto.

Taichi Mera detestaba los rodeos. Sabía que era imposible afrontar un problema que no se hubiera asimilado completamente. Cualquier clase de problema.

-Le amaba y aprendí a comprender la clase de vida que llevaba. Ahora él ha muerto pero les comprendo a todos. Son lo único que me queda de Yashiro.

El comandante se apiadó de ella.

-Aún no hemos enviado sus cosas a su familia. Como no era usted su esposa, oficialmente no puedo darle nada, pero si quiere alguna cosa pase a verme cuando termine con su trabajo.

-Le quedo infinitamente agradecida, señor, pero guardar un objeto suyo sería como reconocer que de lo contrario podría olvidarle.

Y fue el comandante esta vez quien dio media vuelta dejando al vestido de Ikuko ondear en solitario sobre las interminables pistas del aeródromo.

XI

A los cinco días de aquel encuentro se supo que Yashiro había sido rescatado por unos pescadores después de caer al mar. En una semana estaría de vuelta.

Ikuko se deshizo entonces en lágrimas abrazada a Aio, y

hasta trató de reparar las marcas que la amargura había dejado en su rostro, pero sabía que hay heridas que nunca llegan a cerrarse porque dejan tras de sí el miedo a que vuelvan a producirse, y el miedo es un cenotafio que nunca deja de reclamar su presa.

El día que volvió Yashiro ella recorrió con sus manos cada mínima curva en el rostro del amante recobrado, releendo su sonrisa, sus mejillas, su nariz, sus párpados temblorosos, hasta tomar posesión de todos y cada uno de los gestos de aquel rostro de nuevo materializado, devuelto del mundo del recuerdo, donde la única fotografía que Ikko tenía de Yashiro parecía frotarse con el recuerdo de su imagen hasta borrarse ambas.

Aquella foto cayó hecha pedazos en el suelo expiando ajenas culpas, y sobre sus pedazos hicieron el amor con una furia que nunca antes habían conocido.

Luego él dijo que en la aldea de pescadores había tenido mucho tiempo para pensar y quería casarse con ella, pero Ikko no quería saber nada de matrimonio, al menos hasta que no acabara la guerra. Yashiro se sintió herido, pero aceptó su negativa a cambio de la promesa de que se casarían el mismo día que acabara la guerra. Ella le dio su palabra preguntándose aún por el origen de aquella manía, universal manía, de cercenar con una disputa la dicha de un momento sólo por querer perpetuarlo, congelarlo acaso, como congelan los fotógrafos un paisaje sin preocuparse muchas veces de disfrutar de la irreplicable luz de aquel momento.

Y maldiciendo de corazón a todos los embalsamadores de rostros, momentos y sensaciones se abrazó a su hombre, porque a pesar de todo comprendía su zozobra y sus deseos.

Con el alma encogida, siguió yendo a esperarle cada vez que regresaban los aviones que habían salido en misión de

combate. Ya no iba a despedirle, ni escuchaba siquiera el rugido de los motores acelerando al abandonar la pista. Ya no preguntaba cómo iba la guerra, ni si los americanos se acercaban o se había conseguido rechazarlos. Encerrada en su ignorancia pasaba feliz las noches compartidas con Yashiro y trabajaba durante el día hasta el exterminio de sus fuerzas, y aunque hubo varios derribos más antes del verano, su hombre salió bien librado y hasta ganó un ascenso con una serie de aciertos especialmente notables.

XII

Un ataque enemigo, el segundo en la misma semana, destruyó varios aviones sobre las pistas y, en tanto llegaban los nuevos, varios hombres recibieron permiso para visitar a sus familias. Yashiro fue uno de los agraciados, pero prefirió pasar aquel tiempo con Ikuko, a quien a pesar de todo consideraba ya su principal familia. Aunque Idzumi no se alegró de que le fueran solicitadas aquellas imprevistas vacaciones, sabía que eran las primeras en dos años y prefirió no poner trabas.

Ikko y Yashiro pasaron los tres días en una aldea cercana, comiendo lo que pescaban y charlando sobre temas que nadie más ocupado abordaría. Allí vieron que en el mundo se había abierto una enorme grieta: no eran ya los mismos que se fueran de sus casas, ni se encontrarían a la misma clase de gente al regresar, aunque fuera sobre todo su propio punto de vista lo que había variado. La población civil, de momento a salvo en su mayoría, sufría sólo por los hijos que luchaban en islas

remotas, pero como no sentía la guerra ni sabía de los soldados más que lo que ellos escribían, habitaba tranquilamente un mundo ajeno a la oscura realidad exterior que, desde el océano, amenazaba con aniquilar su modo de vida, su cultura y sus costumbres.

-Cuando todo esto termine, buen parte de esta gente ni siquiera se habrá enterado de que hemos tenido una guerra -dijo Yashiro, empuñando los remos de la barca que acababa de entregarle un campesino. Y lo dijo sin definirse entre la condescendencia por la mansa candidez de aquellas personas y la blanda envidia con que a veces contemplaba su ignorancia de los riesgos que corrían.

-Mejor para ellos, ¿no? -repuso Ikko, mientras trataba de recogerse el pelo.

-En eso se parecerán a sus ganados.

-No creo que sus vacas tengan sus hijos enterrados en islotes sin nombre.

-En sin número de estómagos, más bien -contestó

Yashiro tratando de suavizar sus anteriores palabras -. No sé, pero a veces me molesta que no se enteren de nada -siguió-

Es como si todo esto no fuera con ellos, como si vivieran en otro país.

-Pues claro, si no, ¿para qué estáis vosotros?

-Dímelo tú.

-Para que la gente se sienta defendida y no tenga que preocuparse más que de las lluvias, las heladas y las enfermedades.

Ellos trabajan, sudan y os alimentan para no tener que ver lo vosotros veis - expuso Ikuko, que seguía sintiéndose parte de la atribulada población civil que soportaba el enorme esfuerzo de aquella guerra.

-Parece justo, pero un poco desequilibrado. La mayoría de nosotros volverá al campo o a las fábricas cuando todo

termine, y allí nos encontraremos a los que no arriesgaron su pellejo, y nos los encontraremos de jefes, además, porque han tenido todos estos años para aprender el funcionamiento de artefactos que los demás no conocemos ni de oídas.

-No es desequilibrado. Ellos también guardan el mundo para cuando volváis. Lo custodian.

-¿No era ése nuestro trabajo?

Ikuko sonrió, porque le gustaban aquellas ocasiones en las que podía explicarse con una historia, como había visto hacer a los misioneros cristianos cuando era niña, y después a su maestro, y a tanta y tanta gente que siempre consideró respetable.

-Un día, imaginé una cosa: una gran nación, Kyushu, formaba un formidable ejército y se lanzaba a conquistar otro imperio, Shikoku; a su vez, ese imperio formaba un gran ejército para conquistar Kyushu. Como los generales de ambos reinos pensaban muy parecido, y hasta habían tenido el mismo maestro en Fukushima, escogieron el mismo día para atacar, aunque no el mismo sitio. Al amanecer de la fecha elegida, los de Kyushu atacaron Matsugama y los de Shikoku, Miyasaki, y por supuesto, ambos creyeron coger desprevenido al enemigo, porque no hallaron resistencia más allá de unos pocos campesinos y algunos viejos soldados. A los pocos días, los dos generales recibieron noticias de que su país había sido conquistado por el enemigo y que por tanto todo era en vano, pero aún tardaron semanas en caer en la cuenta de que los dos ejércitos estaban en idéntica situación, porque habían vencido pero no tenían a dónde regresar.

-¿Y qué pasó luego?--quiso saber Yashiro, divertido por aquella inaudita historia.

-¿Ya quién le importa? Yo sólo quería decirte que sin toda esa gente que no se entera de nada, no tendría sentido lo

que vosotros hacéis.

-Ya sé lo que querías decirme, ¿pero qué pasó luego? - insistió Yashiro, más interesado por la historia en sí que por su significado.

-Decídelo tú.

-Se intercambiaron los reinos y cada uno de los ejércitos vencedores se quedó en el país del otro.

-¿Y dejar atrás sus tierras y sus familias? ¡Espero que tú no hicieras eso! -replicó Ikko con falso enfado.

-De acuerdo, no es buena idea. Entonces, lo más seguro es que negociaran una retirada simultánea para volver todos a casa.

-¿Retirarse confiando en que el enemigo también lo haga? Eso es un suicidio. Esto ocurrió hace mucho tiempo y entonces no había teléfono para que alguien pudiera llamar y decir que sí, que efectivamente se han ido todos.

-Me rindo. No se me ocurre nada.

-Acordaron un lugar para batirse, y se mataron entre ellos hasta que uno de los dos ejércitos pudo quedarse con todo.

-¡Idiotas! -exclamó Yashiro.

Pero al ver como lo miraba Ikuko y la malévola sonrisa que iluminaba su rostro, tomó con fuerza los remos e hizo deslizarse la barca sobre las suaves olas de verano con rápidas y enérgicas brazadas.

XIII

Los tres días pasaron al galope y la vida cotidiana volvió hoz en mano.

El verano era una buena época para las operaciones aéreas y después de las últimas derrotas, la aviación naval japonesa se había debilitado hasta ser sólo un vestigio de lo que había sido en años anteriores. Así las cosas, las incursiones norteamericanas eran cada vez más duras, osadas y frecuentes, lo que obligaba a redoblar esfuerzos para contener su empuje.

Los aviones de la base, antes dedicados de manera casi exclusiva a labores de vigilancia, se veían envueltos con creciente frecuencia en duros enfrentamientos aéreos en los que era inevitable algún derribo.

Ikuko, que había conseguido aplacar su miedo a fuerza de ignorar la realidad, cayó de nuevo en la tentación de ir a despedir a su hombre por las mañanas, temerosa de no volver a verle. Después del traslado de Sakoshi y de que Aio se fuera con él, ya sólo quedaban cuatro mujeres en la base, incluida la vieja Idzumi, y tanto daba que Ikko llegara pronto o tarde a su puesto, porque de todos modos tendrían trabajo hasta el anochecer y ni soñaban ya con suplir a base de esfuerzo los brazos que faltaban.

Hubo días incluso que ni siquiera pudieron verse, vencida su impaciencia por las necesidades del servicio, pues al ser tan cortas las noches de verano, los días se dilataban hasta dar tiempo a varias salidas, y los pilotos partían de la base antes incluso de amanecer para regresar de su última misión con la luz justa, y a veces menos, para tornar tierra. Así las cosas, era peligroso que los hombres no tuvieran el descanso necesario y

el comandante tomó la resolución de volver a la vieja y férrea disciplina, sobre todo después de sufrir seis bajas en tan sólo once días.

Yashiro estaba teniendo suerte, pero la suerte también se acaba, sobre todo en el lado de los ejércitos pequeños cuando luchan contra los grandes, y los encuentros con Ikuko eran cada vez más breves y apasionados.

-Esta guerra está perdida -llegó a confesar un día particularmente aciago para su escuadrilla.

-Pero el emperador no se rendirá nunca -contestó Ikuko, que llevaba algún tiempo royendo esa idea pero no se atrevía a expresarla en voz alta.

La conclusión era obvia, pero ambos la callaron.

XIV

El 21 de septiembre de 1944, el ya sargento Yashiro Koriahi no regresó: su aparato había estallado en el aire al ser alcanzado por las ametralladoras de una fortaleza volante americana.

Esta vez ni siquiera quedaba la esperanza de que pudiera aparecer milagrosamente más tarde.

Ikuko se arrodilló a solas en su habitación y permaneció así toda la noche, viendo crecer el arbusto de tristeza que había nacido en su alma la primera vez que lo dio por muerto.

Las sensaciones que más duelen, las impresiones que más pesar arrastran, son precisamente las menos atadas a la lógica que debería sostenerlas, porque a falta de razones se

vinculan a imposibles y el desatino rechaza cualquier freno; esa mezcla de emociones y pensamientos hierve con rabia en el alma, dejándola desolada, aprehensiblemente vencida, como el último jirón de papel sobre los muros de una casa derrumbada, claudica entonces todo coraje, toda fuerza, y la vida transcurrida se convierte en malgastada en brazos de la añoranza, de lo que pudo haber sido, del deseo de ser otro en otro tiempo, sin dolores ni recuerdos, en un limbo evanescente que permita no ser reo de lejanas maldiciones, culpas remotas, o durables profecías de certero apocalipsis. En la pausada demencia del desconsuelo flaquea de fatiga el deseo de vivir y reponerse, de vivir y ser de nuevo, de atesorar los rescoldos de alguna hora venturosa para soplar nuevas llamas; y en ese mar de cansancio, hondo, eterno y navegable, buscan heridas abiertas las bandadas de gaviotas que pregonan los suicidios hasta hacer dulce la tierra, dulce el fango y amable la sepultura.

Pero Ikuko volvió al mundo en alas de una idea recia, irracionalmente terca, salvaje como la vida: no importa por qué se lucha, si la causa es justa o no, si se gana o si se pierde; importa sólo luchar, como luchaba Yashiro sin esperar la victoria. Importa sólo luchar aunque nadie esté mirando, aunque no se crea en Dios, ni en el Mundo ni en la Historia. En ese convencimiento se puso Ikko en pie, decidida a llevar como bandera la gloria de su agonía como si fuera la de un gran sueño.

Luego, al amanecer, con las piernas entumecidas y los ojos rojos pero secos, fue de nuevo a las pistas a despedir a los muchachos que marchaban hacía la batalla sin pensar si sería una mancha de ceniza o una pequeña luminaria en el espeso horizonte de la guerra. Sería lo que cada uno quisiera ver en ella, y poderosa en su multiplicidad saludó de nuevo a los hombres que se dirigían a sus aparatos para salir un día más a

dar batalla como quien sale a echar las redes.

El comandante no estaba en las pistas, pero atento a su presencia la contempló de lejos y se sintió conmovido: nada hay más grande para compartir que un confuso sentimiento de solidaridad.

O tal vez sí. Acaso un presagio aciago.

XV

La muerte de Yashiro fue como la ruptura de la cuerda de un arco, que alivia toda tensión, y de nuevo pasaron los meses lentamente, danzando en la nieve que el invierno derramaba generoso sobre la isla.

Antes de acabar el año Ikuko se quedó sola con Idzumi como único personal femenino de la base. Las crecientes necesidades de la industria y la falta de brazos en los campos habían podido más que las no del todo imprescindibles labores que realizaban en la base. El comandante Mera pensó incluso despedir a las dos mujeres, pero Idzumi no tenía a donde ir y no le pareció justo devolver a Ikko a su casa, siendo la única que había permanecido en su puesto cuando el resto se marchaba.

Así las cosas, Ikko e Idzumi hacían lo que podían para que los pocos lugares que quedaban a su cargo se distinguieran en algo del resto de las instalaciones, y siguieron trabajando con todo su afán para la cada vez más exigua tropa de la base. Los combates producían continuamente bajas y cada vez era más difícil cubrir los huecos, pues un piloto, al contrario que otra clase de soldados, requiere una preparación larga y

específica nada fácil de proveer en las circunstancias en que se hallaba el país.

Recluida en sus propios pensamientos y trabajando a solas en las dependencias de la base la mayor parte del día, Ikko sintió que el mundo a su alrededor perdía su realidad para convertirse en una especie de sueño tedioso, un sueño que se fundía con la irrealidad nocturna, cuando la lluvia arañaba los cristales del dormitorio con uñas afiladas, chirriantes, avivando las angustias de una estancia demasiado grande y demasiado sola, obstinadamente anónima, memoriosa por demás. Había algo de impuro en aquella agua vertida inútilmente en el cemento, gris materia de ingenieros belicosos que sólo guerras conciben, algo lejano, doloroso, en la desnudez de las baldosas húmedas y brillantes, azogue amargo duplicador de pupilas huidizas. Entre esos fantasmas se le calmaba el aliento hasta que el amanecer la devolvía de nuevo a una consciencia laboriosa, tambaleante, apenas suficiente para ir una vez más hasta las pistas a despedir a los que se iban y volver a las tareas diarias, titánicas e imposibles como sus mismos deseos. y el tiempo, como Ikuko, se consumía en la duda irresoluble de ser el mismo u otro, más venturoso, más ajeno a su propio peso, y por tanto ligero, frugal y vano. Muchos, la mayoría, eligieron seguir yendo a la guerra con alegre despreocupación, aprovechando sus ratos de asueto entre bromas y juegos en los que podían fruncir el ceño sin preocuparse de veras. Cuando uno faltaba al día siguiente, tácitamente se omitía su nombre y la vida seguía en medio del huracán como si de una partida de ajedrez se tratara, con la demente esperanza de que al final del entretenimiento las piezas tomadas volverían de nuevo al tablero para una nueva batalla.

Pero Ikuko eligió ver.

XVI

Aún no era primavera cuando llegaron a la base los primeros jóvenes suicidas: eran más jóvenes e inexpertos que el resto y pasaban sólo unos días en el aeródromo antes de ser enviados a su primera y última misión. Pero no era sólo eso lo que los distinguía del resto de pilotos. Comían, hacían ejercicio y dormían apartados del resto, embebidos en su propio sacerdocio, ajenos a la precaria alegría de sus compañeros.

Ningún oficial se acercaba a su barracón a darles órdenes ni eran llamados para realizar labor alguna, pero todos y cada uno de ellos sabía que tarde o temprano la llamada llegaría y sería la última. Por su propia elección.

Las razones que cada uno tenía para presentarse voluntario no les eran preguntadas, pero era imposible obligar a alguien a llevar a cabo el tipo de misiones que a ellos se les encomendaban, por lo que fueran cuales fueran sus impulsos debían estar lo suficientemente enraizados para no dejar resquicio a la duda en el momento final. No cabían entre ellos los condenados, ni siquiera los que iban a la muerte en busca de venganza. No cabían rencores, despechos, desesperanzas, ni fuerza otra alguna que pudiera flaquear ante la inmensidad de la muerte. Sólo era posible ser admitido en la escuela de I Formosa mostrando una férrea determinación a cumplir la misión que les fuera encomendada, a sabiendas de que sólo habría una.

Ikuko los veía correr por las pistas como fantasmas prematuros, incomprensiblemente preocupados en ejercitar sus músculos, y se preguntaba si aquellos muchachos sabían

bien lo que hacían o simplemente se habían dejado arrastrar por el río de la educación y la cultura, como una vez había escuchado decir a Yashiro.

En una ocasión en que la conversación había salvado los temibles escollos de la obviedad, Ikko había preguntado a su compañero por qué eran todos tan cerrados a la negociación, por qué se consideraba imposible cualquier solución de compromiso, cuando la vida enseña que dos caracteres cualesquiera pueden volverse compatibles si tienen voluntad, y paciencia, para rebajar sus aristas y hacer compatibles sus entrantes y salientes. Japón había aprendido a lo largo de los siglos a negociar con el fuego, el mar, los seísmos, el clima, la escasez de tierras y todas las demás calamidades que parecían abocar al país a la miseria y el subdesarrollo, pero todas esas enseñanzas, toda esa larga experiencia negociadora parecía haberse esterilizado de pronto ante un enemigo que ni era el primero ni el más fuerte que en la milenaria historia nipona habían enfrentado. A Yashiro le pareció muy interesante todo aquello y se esforzó en ofrecer una respuesta, una solución que ahora aparecía como acertada a la vista de los casi adolescentes pilotos suicidas. El experimentado sargento creía en su fuero interno que el Emperador y los miembros del Alto Mando estarían encantados de negociar una paz honrosa para todos, una paz que permitiera seguir el camino de modernización iniciado tras la victoria sobre Rusia a principios de siglo, pero a pesar de sus deseos eso no les era posible. No podían hacer nada porque a lo largo de muchos años habían enseñado al pueblo que el honor valía más que la vida y el pueblo había aprendido la lección; buscando la férrea unión de todos y para eliminar cualquier debilidad, presentaron la vacilación como una derrota, la queja como una afrenta y la claudicación ante un objetivo como inequívoca enfermedad moral, y llegado el

momento en que todas esas virtudes eran más un cáncer que una ayuda no había ya doctor capaz de extirpar el mal de tan extendido y arraigado como se hallaba. Prisioneros de lo que habían exigido a sus subordinados, los jefes supremos no podían hacer otra cosa que dar ejemplo y conducir el país al desastre.

Ikuko negó entonces que pudiera más la educación que el instinto de supervivencia, pero las horribles noticias que había dejado la pérdida de Saipan la habían convencido de lo contrario: miles de viejos y niños habían sido arrojados al mar para que no entorpecieran la defensa; los heridos que no podían empuñar un arma siguieron su camino por decisión propia. Después, todo el mundo participó en la desesperada defensa, y todos cayeron, de uno u otro modo hasta ofrecer a los americanos la sobrecogedora rendición de una isla habitada sólo por cadáveres. La noticia recorrió el mundo y el propio gobierno japonés la dio por radio con emocionada tristeza.

No quedaba, pues, duda de que el instinto de supervivencia había cedido ante consideraciones menos biológicas y más humanas, porque no sólo la razón es patrimonio exclusivo del hombre: también la sinrazón ciega que niega al prudente animal que cada uno lleva dentro.

Y cuando Ikko pensaba todo esto no podía menos que acordarse de su perdido amante y de cómo, siendo capaz de tan frías reflexiones como las que aquella tarde había expresado, supo olvidarlas del mismo modo que encontrarlas y esa habilidad maldita les había separado para siempre.

Por eso, dejaba reposar sus ojos sobre los jadeantes muchachos que se afanaban en las pistas tratando de desentrañar todo aquel misterio, aquella locura.

En octubre del 44 habían entrado por primera vez en acción los pilotos suicidas y desde entonces no había cesado de

caer aquel horror sobre las fuerzas enemigas. Los daños causados al enemigo desde entonces habían sido cuantiosos, y no sólo en lo material, pues los occidentales, habituados a depositar toda su confianza en la superioridad técnica y material de su cultura, conocieron una nueva e inesperada forma de miedo. Los norteamericanos, incapaces de frenar los ataques de quienes ni estaban dispuestos a razonar ni a protegerse se limitaban a implorar al cielo no convertirse en objetivo, y si tal gracia no les era concedida trataban desesperadamente de abatir al atacante antes de que fuera demasiado tarde, lo que casi nunca ocurría.

De cualquier manera, la base nunca había sido utilizada para aquella clase de misiones, y la llegada de los jóvenes suicidas había redimido en cierto modo a Ikko, que cuando iba a despedirles a las pistas sabía ya a ciencia cierta que no era ella el más triste recordatorio de la muerte.

XVII

Cuando los cuatro primeros jóvenes partieron de la base todo el personal fue a despedirles, y por una vez Ikko se sintió acompañada sobre el escarchado mar de los adioses.

Uno a uno se ciñeron el Hachimaki, la banda ritual, bebieron el sake que les fue ofrecido por el comandante y abordaron sus aviones sin pronunciar palabra o dejar translucir sentimiento alguno. En su hierático rostro asomaba ya el brillo de lo que pronto serían e Ikuko se sorprendió a sí misma pensando en lo insólito de asistir al velatorio de un hombre

vivo.

Poco después los aviones fueron ganando velocidad hasta que pudieron elevarse como torpes gansos grises, rumbo a la confusa línea que el mar y el cielo se disputaban en el horizonte, como dos terratenientes pleiteando por un surco más o menos en algún lejano predio. Hasta Idzumi se quedó unos instantes mirando al horizonte después de que los cuatro aparatos cargados de explosivos hubieran desaparecido en la lejanía, mientras el silencio se hacía tan oprobioso que el comandante hubo de romperlo secamente antes de que se materializara.

-Vuelvan a sus ocupaciones --ordenó.

Ikuko regresó a las suyas con la desesperanza en la sangre y una extraña ansiedad que sólo pudo explicarse unos días después, cuando llegaron tres nuevos jóvenes dispuestos a lanzarse sobre los barcos enemigos. Ya no le bastaba con mirar pasar el mundo, protegida bajo su embozo de sombras viejas. No le bastaba hallarse al borde del bullicio diurno, que no quería decir nada, o de la nocturna falta de bullicio, vacía también de mensaje oculto. De repente comprendió que no todo lo incomprendible era a la vez indescifrable: también había, más a menudo de lo que nunca sospechara, murmullos superfluos e inútiles estruendos, ecos gratuitos, rumores perdidos y palabras malogradas, enmohecidas, a su suerte abandonadas en rincones de olor acre, palabras que no querían, no sabían decir nada y era vano interrogarlas.

Convencida de que no hallaría respuestas que acudieran por propio pie a su encuentro abandonó incluso las preguntas que la habían conducido a aquel estado de postración, quizá porque ni siquiera las recordaba, acaso porque ya no le importaban. Estaban en una guerra y también ella participaría con algo más que duelo y silencio; su corazón estaba y estaría

siempre con Yashiro, pero si Idzumi sonreía a los muchachos y ellos se lo agradecían, era injusto, egoísta, casi una traición, obstinarse en un luto que no era mayor que el de cualquiera.

Y pasaron los días como pasan los trenes por las estaciones abandonadas, sin que ni si siquiera la guerra o incluso los primeros ataques sobre la base absorbieran el silencio que la lluvia derramaba. Las bombas enemigas cayeron en tres o cuatro ocasiones sobre las pistas y los barracones y se olvidaron para siempre de aquel lugar perdido en los mapas de ambos bandos.

Después supo Ikko que un nuevo grupo de jóvenes voluntarios había llegado. Cuando vio a los tres muchachos ejercitándose sobre las pistas con risueño entusiasmo lamentó su propia languidez y se propuso retornar a la vida, aunque fuera junto a los que estaban a punto de despedirla. Nadie mejor que ellos para desarraigar cualquier dolor solemne, cualquier queja o cualquier duda. Ninguna intención altruista contaminaba su deseo de amistad con aquellos jóvenes, tan despreocupados como acaso neuróticos; era la suya una simple propuesta de simbiosis, como ha de serlo todo afecto verdadero, con algo que ganar y algo que ofrecer, sin preocuparse, eso sí, por saldos, cuentas o balances, porque nadie mejor que ellos, más forasteros que nadie en un lugar de por sí habituado a extraños, para recibir de buen grado un poco de atención y una despedida sincera más allá del ritual. El trato era justo.

Protegida por su condición de mujer, olvidó toda conveniencia, se acercó a ellos y les preguntó de dónde eran.

-De Iwaki -respondió no sin cierta sorpresa el que parecía mayor.

-De cerca de Iwaki, en realidad- dijo otro.

-Yo soy Ikuko y soy de Kerimoto, en esta misma isla. Los tres muchachos se presentaron también. Eran T anaka,

Matome y Yaskitsugu, y no sabían qué decir, pero de su actitud se podía deducir fácilmente que no querían que Ikko se marchara.

Ella se dio cuenta y se quedó aún unos minutos, desplumando trivialidades.

XVIII

Cuando el tiempo apremia se acortan los caminos y se escubren atajos. En solamente unos días, Ikko trabó suficiente amistad con los jóvenes, casi adolescentes pilotos, para que no fuera exageradamente descarado compartir su insomnio nocturno con ellos.

Apartados como estaban de la vida cotidiana de la base, dormían solos en uno de los dormitorios que ocupaban las empleadas de la base antes de su general desbandada.

En el mundo no falta amor, sino gente dispuesta a dejarse querer: Ikuko desbordaba cariño desde la muerte de Yashiro y los jóvenes suicidas estaban deseosos de sentirse queridos, de inscribir sus vivencias en alguna memoria que pudiera llegar más allá del esperado día, porque de pronto tenían muchas cosas que decir y el tiempo justo para escoger las palabras.

Ikuko iba a visitarles por la noche, cuando todos descansaban salvo ellos, demasiado ocupados con sus pensamientos para poder dormir. Ninguno llegaba a los veinte años y Tanaka ni siquiera había cumplido los dieciocho.

La primera vez que Ikko se sentó frente a ellos pensó que

debía hablarles de cualquier cosa para ayudarles a distraerse, pero pronto descubrió que los hombres que saben que van a morir rara vez quieren olvidarse de ello, sobre todo cuando mueren por su propia voluntad y del modo que ellos mismos han elegido.

Eso dijo Matome al darse cuenta de que Ikuko trataba de evitar el tema, y ella aceptó su queja, pero quiso saber más de sus razones.

- Si no queréis olvidarlo tampoco os importará decirme por qué os habéis presentado voluntarios.

-Por el Emperador-respondió Yaskitsugu sin dudarlo un instante.

Pero Ikko no preguntaba, no quería saber las razones oficiales.

-Para servir al Emperador no hace falta morir. Yo barro friego y lavo por el Emperador. Tiene que haber otra razón.

-Pero tú eres una mujer -objetó Tanaka.

-y conozco muchos hombres que tienen buen cuidado de su pellejo.

Nada más decirlo se dio cuenta de que aquel no era el tono ni el vocabulario apropiado para una mujer, pero no le importó. Si se mantenía entre ellos el juicio moral de lo que pensaban o decían, nunca podrían entenderse, y aquello, al fin y al cabo, era una charla en un barracón militar y no el ritual del té.

-Los que se esconden son unos traidores.

-Pero hay un término medio entre esconderse y... exponerse demasiado.

Tras una leve vacilación, Ikko no había vencido el escrúpulo de pronunciar la palabra suicidio. Sacrificio hubiera sido más adecuado, pero lo dicho, dicho estaba.

-No hay un término medio entre la vida y la muerte-

intervino Matome. -No hay siempre un color gris que medie entre el blanco y el negro, ni una vaga apatía entre la felicidad y la tristeza. No hay fuegos medio calientes ni honras medio perdidas, y ha llegado el momento en que algunos deben morir para que el todo siga vivo. El tigre que se entrega a la red antes de haber destrozado sus garras merece morir luego en una plaza, acosado por los campesinos.

-Y vosotros sois las últimas garras de la patria.

-Quizá últimas, o a lo mejor no. Quizá no dejen de salirle nunca garras a este tigre y sea mejor dejarlo en paz.

-Os arrastra el orgullo, la vanidad de infundir miedo a un enemigo que se piensa invulnerable. No me hablas de las heridas que puede causar el tigre, sino de que tal vez al ver sus garras lo dejen en paz. Eso es buscar el armisticio más que la victoria.

Tanaka refrenó su ira a duras penas ante aquellas duras y para él injustas palabras.

-Se trata ahora de salvar a la patria, y lo mismo vale matar al cazador que hacerlo huir. Vencimos a Rusia sin invadirla, sin ir a su terreno. Nos bastó alejar sus barcos de nuestras islas, y aunque nunca hubo una rendición el mundo sabe que ganamos aquella guerra.

-Salvar la patria. ¿Por eso queréis morir?

-¡No queremos morir! -replicó Matome-, pero tampoco quieren morir los que caen en las ciudades bajo las bombas, sin haber tomado nunca un arma, ni los soldados que se deshacen de sudor y malaria en las selvas. Nadie quiere morir, pero es mejor elegir uno mismo el momento y la manera que dejar algo tan importante en manos de la casualidad. No somos ni mejores ni peores que nadie, no nos creemos santos, ni héroes siquiera. Sólo queremos que nuestra muerte sirva para algo, porque de todos modos habríamos de ir a luchar y

de todos modos caeríamos antes de rendimos. En vez de esperar a que una bala venga a segamos la vida hemos tenido la fortuna de ser aceptados para elegir nosotros mismos la bala.

-Muchos sobrevivirán de todos modos. ¿No preferís esa esperanza? , ¿no preferís mirar adelante sin ver algo más que un muro negro? ¡También saldrá el sol para los que queden cuando termine esta guerra!

-Sobrevivirán -respondió Tanaka, muy serio-, pero dime tú si esos serán luego felices, o al menos más felices que nosotros, o valdrá más lo que hagan, o aprovecharán en algo esos años que les queden. Dime tú que si acabo vivo esta guerra será mi vida larga y venturosa, y no me ahogaré en una barca diez días después de la paz, dime que no enfermaré y me veré postrado en una camilla, dime que amaré a mi esposa y ella me amará a mí siempre, dime que con la guerra acabarán todas las desgracias, dime todo eso y tal vez vaya a ver al comandante para decirle que he cambiado de opinión.

Tanaka era el más joven de los tres y a Ikuko le había sorprendido aquella repentina madurez. No sabía qué decir, y tal vez era mejor no decir nada. Al joven piloto le temblaba la barbilla, pero aún así siguió hablando.

-Ni santos, ni héroes ni tampoco sabios. Nada de eso somos. No sé que hago aquí pero tampoco supe nunca que hacía en los otros sitios donde estuve. Me dijeron una vez que se viene al mundo para cumplir una misión y dejar un hilo en el tapiz de la historia; unos construyen edificios, otros escriben libros o discurren inventos; nosotros cumpliremos nuestra misión al lanzamos sobre el enemigo con nuestros aviones.

-¿Y que pasa con los que ni inventan, ni escriben, ni construyen ni tienen una muerte brillante? , ¿acaso esos no son hombres? -preguntó Ikko, que se había sentido aludida.

Fue Yaskitsugu el que ofreció una respuesta.

-Esos son los hilos de la trama sobre los que se asienta el dibujo: necesarios todos, pero ninguno imprescindible. Esos son los que se sienten incapaces de hacer nada importante y prorrogan su misión para otro siglo dejando hijos que acaso puedan lo que ellos no pudieron. Una nación es como un organismo, que tiene su cerebro, su estómago, sus piernas y sus brazos, y cada uno debe estar dispuesto a aceptar su función o el organismo entero enfermará.

Ikuko había oído cientos de veces la analogía del organismo, vieja parábola de la filosofía Yamato, pero no quiso cortar el discurso de Yaskitsugu.

-Si la cabeza decide sacrificar un par de dientes para romper las cadenas donde el cuerpo entero se halla aprisionado, los dientes deben de estar orgullosos de estar ahí, sanos y fuertes para cumplir su misión.

-¿Y si de todos modos no se rompen las cadenas?

-Entonces lo mismo dará que el cuerpo muera con dos dientes más o menos.

Ikuko estaba convencida de que además de las razones comunes cada uno tenía las suyas, pero no quería seguir discutiendo ni preguntando. Sabía que no se echarían atrás y no quería sembrar dudas en su mente en un momento tan importante, así que se propuso contar una historia que en cierto modo les daba la razón.

-Eso que dices no es nuevo para mí. Una vez escuché una historia que hablaba de un hombre que no quiso cumplir su misión.

-¿Qué historia es esa?- inquirió Yaskitsugu.

-¿Habéis oído hablar del cojo eterno?

-¿Del qué? -preguntaron los tres casi a la vez con una mezcla de curiosidad y desdén. Cuando veía aquella actitud en ellos, Ikko tenía la impresión de estar en un colegio más que

en un barracón de una base aérea.

-Pues antes, mucho antes de que naciera el Emperador Jimmu, hubo una gran guerra en Honshu, en una ciudad de la que nadie recuerda el nombre. Los dos ejércitos se batían por una mujer de legendaria hermosura que al parecer había sido raptada por uno de los bandos, el defensor de la ciudad, mientras que los otros dedicaban todos sus empeños a rescatarla.

En ambos bandos combatían héroes y poderes del cielo, pero el más famoso era Naoko, el invulnerable, el que al nacer recibió el manto del sol sobre todo su cuerpo, excepto sobre el pie izquierdo, pues una hoja se desprendió entonces de un cerezo cubriéndolo. ¿Nunca oísteis hablar de él?

Los jóvenes se miraron entre ellos antes de negar con la cabeza.

-Pues también hace muchos años, pero menos, cuando yo aún era niña, oí recitar esto a un mercader que pasaba por mi pueblo.

Y con algunas pequeñas vacilaciones, les contó la historia de un Aquiles rebautizado Naoko que, no atreviéndose a enfrentar la muerte, decidió cercenarse el pie maldito para ser eterno. La historia acababa asegurando que Naoko aún sigue en el mundo, recordando a cada paso su momento de suprema cobardía y repartiendo maldiciones, tan amargas y venenosas como las de todos los que deben su vida a una inagotable rendición. Concluido el relato, Ikko se inclinó para recibir el aplauso de su audiencia y encontró en sus caras la satisfacción que había buscado contando esa historia. Sin embargo, ella misma no estaba muy contenta, pues por primera vez se había sentido aludida por el malvado cuento del cojo eterno.

Por eso, entre risas y despedidas, volvió a su cuarto con el indeleble desasosiego de haberse mutilado tras la muerte de

Yashiro y cojear también ella por los pasillos y las estancias de la base.

A su manera.

XIX

Al día siguiente ocurrió la única desgracia que nadie esperaba ni podía prever. Cuando Ikuko se presentó en su puesto por la mañana para comenzar la jornada, Idzumi no estaba, y eso era tan extraño como que llovieran ranas, tal y como ella misma contaba que había sucedido una vez en su aldea. Ikko la esperó más de media hora y tras no pocas vacilaciones decidió ir a buscarla a su dormitorio, por si se había dormido o estaba enferma, porque hasta aquella mujer de hierro podía enfermar alguna vez.

Allí la encontró, muerta, envuelta en su manta y con la dulce complacencia de los dormidos aún esbozada en su rostro. Ni siquiera había tenido tiempo de adquirir el rigor de la inmovilidad eterna y sus miembros, aunque fríos, expresaron todavía un gesto de sorpresa cuando Ikuko zarandeó el cadáver en una inútil tentativa de devolverlo a la vida.

Cuando Ikko salió del dormitorio buscó desesperadamente a alguien que la ayudara, aunque no sabía muy bien a qué. Tenía que comunicar la muerte de Idzumi y la base parecía desierta, más desierta que nunca. No sabía cuánto tiempo se había quedado en la estancia, contemplando la paz en el rostro de la mujer y acariciando sus cabellos blancos, como una madeja de lino. No sabía cuánto había

llorado, después de todas las lágrimas que se habían negado a brotar tras la muerte de Yashiro, ni si la habían echado de menos los pilotos cuando salieron para el combate. No sabía absolutamente nada, salvo que le dolía la muerte de aquella falsa vieja, austera y silenciosa, arrastrada quizás a la muerte por su aspecto ajado y encanecido más que por su verdadera edad.

Atravesó las instalaciones militares hasta el despacho del comandante y a pesar de su estado de ánimo y la extraña prisa que la empujaba se acordó incluso de llamar a la puerta.

El comandante se sorprendió tanto de verla que incluso dejó la pluma sobre la mesa.

-Idzumi ha muerto- dijo lacónica, sorprendiéndose de no conocer el apellido de la mujer para poder dar la noticia con corrección.

El comandante frunció el ceño y descargó un fuerte golpe sobre la mesa, como si las palabras de la muchacha hubieran constituido una intolerable insubordinación. La mano permaneció unos instantes crispada, reteniendo la tensión de todo el cuerpo. Luego los dedos se fueron distendiendo lentamente, buscando apoyo, serenidad para seguir siendo el punto de referencia que sin duda buscaba la muchacha.

-Avise a los sanitarios, o mejor déjelo, que ya lo haré yo. Ikuko asintió con la cabeza pero no hizo ademán de retirarse. Esperaba algo más, alguna explicación, algún consuelo, alguna palabra salida de la autoridad de aquel uniforme que pudiera explicar lo inexplicable. El comandante se dio cuenta, pero no encontró nada que decir ni le pareció oportuno ofrecer consuelo alguno. Como siempre, sólo habló cuando la mujer estaba ya de espaldas.

-Hacía tiempo que estaba enferma del corazón.

Y también como siempre Ikuko se dio la vuelta y agradeció con la mirada la deferencia que se le concedía al

informarla de algo que no era de su incumbencia.

Taichi Mera se quitó las gafas y se frotó los ojos con un suspiro.

-No tenía familia. Tendremos que enterrarla aquí.

Ikko volvió a asentir, preguntándose cómo sería el entierro, en tiempo de guerra, del ama de llaves de una base aérea. La idea casi le hizo gracia.

-Si lo desea, puedo prepararla yo misma para los funerales.

El comandante no había reparado en el engorroso detalle y se alegró de que Ikko hubiera tomado la iniciativa.

-Sí, será lo mejor. En todo caso, actúe en lo sucesivo según su criterio. A partir de ahora, señorita Aitoshi, queda usted al mando del personal femenino.

Ikuko buscó un gesto de ironía en el rostro del comandante pero sólo encontró el acerado brillo de las lentes, así que pidió permiso para salir y dejó aquel despacho abandonado por el sentido de la medida.

Nada más salir Ikuko del despacho, el comandante se volvió a quitar las gafas, tornó un papel en blanco y comenzó a cubrirlo de finas líneas paralelas, milimetrando el espacio para algún desesperanzado diagrama. Las trazaba una por una, lenta e implacablemente rectas, tensas por la plomada de un peso oculto. Cuando llenó completamente la hoja, se empeñó en trazar aún más líneas en los huecos que quedaban entre las anteriores, poniendo todo el cuidado en que nunca llegaran a tocarse dos de aquellos trazos. Cuando ya no quedaba ni un mínimo espacio vacío, sintió que al fin se había tranquilizado.

Idzumi Abekura estaba con él desde su ya lejano matrimonio, hacía más de treinta años. Huérfana desde niña,

servía en casa los suegros del comandante y tras la boda de Mitsiko con el ya militar Taichi, se había ido a vivir con el joven matrimonio. A la muerte de su esposa, el comandante prefirió, vivir en el pabellón de solteros, menos cargado de recuerdos y opresiones, y la criada de la casa pasó a ser empleada de la base. Mera hubiera preferido que se marchara a otro lugar en busca de mejor suerte, e incluso le había buscado sitio en casa de un compañero mejor relacionado que él y que había ascendido más deprisa, pero la mujer rogó que no la echaran y Taichi no supo negarse, porque las mismas razones tenía ella para querer quedarse que él para desear que se fuera.

Taichi llegó a hablar del tema con un buen amigo, el mismo que estaba dispuesto a recibir a Idzumi en su casa, y aunque aquel día se confesó a sí mismo su inclinación por aquella enérgica mujer, no pudo superar luego sus prejuicios: no podía enamorarse de una criada: eso era una indignidad. Ante las recomendaciones de su amigo, aceptó que estaba hablando de oficios cuando en realidad quería hablar de mujeres, reconoció que no había indignidad alguna en ella, pues nunca por su causa había faltado a su esposa mientras vivió, y llegó incluso a prometer que hablaría con ella.

Pero nunca lo hizo, jamás dejó de llamarla señorita Abekura, aun cuando todo el mundo la llamaba por su nombre de pila. Cruzaron miradas cómplices en más de una ocasión y ambos, sin llegar a tocar nunca el tema, conservaban el recuerdo de los escasos roces que, al dar o recibir unas llaves, habían experimentado sus manos. Taichi observaba sus reacciones y se avergonzaba viendo cómo ella era consciente del hormiguero de dudas que sostenían la desigual batalla entre el impulso y la consciencia, la educación y el deseo, un deseo no tan físico como emotivo, no tan culpable como angustioso.

Y cuando se contemplaba a sí mismo descubierto por los ojos de Idzumi, Taichi escrutaba a su alrededor, temeroso de que alguien más pudiera verlo, esos días era más estricto con sus hombres, más detallista en sus inspecciones y más conciso en sus informes, porque la concisión es disciplina, lujuriosa imposición perfeccionista. Concisas eran también sus palabras cuando ella estaba presente, y haciendo escueto el contacto, así fuera sólo verbal, lo hizo también valioso como todo lo que no abunda.

Cuando ya se habían marchado todas las demás mujeres de la base salvo Idzumi e Ikko, la llamó un día su despacho con el plausible pretexto de tomar una decisión acerca del personal femenino, y allí estuvieron los dos más de media hora, sin cruzar palabra, ella porque no debía hablar y él porque no se atrevía. Allí estuvieron, entre mapas, libros y archivadores, contemplando la tierra de nadie que ni ella podía cruzar ni él se atrevía a reclamar como suya. Ninguno de los dos bajó la vista ni buscó rodeos absurdos o refugios miserables en conversaciones nacidas y muertas en la trivialidad; sólo hubo silencio, vergüenza y miedo. Y luego desesperanza, la inconmensurable desesperanza de Idzumi, que volvió a su trabajo segura de que nunca sería dado el paso que imprudentemente esperaba, que la ocasión se había ido, se había marchado para estrellarse con algún lejano enemigo que necesitara más de aquellas energías para morir como es debido.

Idzumi lloró aquel día las más oprobiosas de las lágrimas: las que se lloran por uno mismo. Volvió al trabajo podrida de indiferencia, de negro desinterés por todos los mundos conocidos, tanto el cercano de los suelos y la bayeta como el más lejano de los bombardeos que a veces cebaban su iniquidad sobre la base o las poblaciones cercanas.

El comandante Mera siguió en su despacho, trazando

líneas rectas sobre hojas interminables hasta que se le quebró el pulso. Pensó que seguro que tendría otra oportunidad, que todo estaba ya demasiado claro para sostener vergüenza alguna, que tanto daba ya hablar como callar porque ella lo sabía todo. Día tras día aplazó el momento, reuniendo las fuerzas necesarias para no retroceder de nuevo ante los comentarios, conveniencias y habladerías que asolaban su imaginación.

Cuando Ikuko entró en su despacho para decirle que Idzumi había muerto, dio por perdidas todas las guerras y maldijo las insignias que le obligaban a responsabilizarse de las vidas de los demás, y también de su muerte. Idzumi no sería enterrada como todos esperaban: sería una incineración y él . sabía bien por qué.

Ya no le quedaba nada en qué pensar cuando por las noches se retiraba a su dormitorio. Con Idzumi había muerto todo su interés por cuanto le rodeaba. Sentado ante su escritorio contempló los restos de tanta lucha, tanta duda y tan pertinaz zozobra: silencio y gestos vagos eran los únicos supervivientes de aquella historia, oscura hasta para sus protagonistas.

Silencio, recuerdos difusos, un cadáver aguardando en un cuarto lúgubre y mohoso, una hoja surcada por cientos de finas líneas y, escondida y vergonzante, una lágrima abortiva en los ojos del comandante.

Contra todo lo esperado, no fue un entierro el de Idzumi, sino una incineración al viejo estilo. Sólo el comandante sabía por qué, pero nadie preguntó el motivo.

El día de los funerales de Idzumi amaneció translúcido, sin decidirse entre el humo o la niebla para tapar su rostro. Aquella sombra inefable ni había bajado del cielo ni se alzaba de la tierra, ni tenía color alguno más allá del azul entristecido que asomaba entre jirones blancos, nubes acaso, tal vez volutas escapadas de otro incendio, de otra pira funeraria más lejana y más ajena, donde no ardieran recuerdos, derrotas o simples encuentros entre escobas y calderos. Ni calentaba la hoguera con sus llamas ni refrescaba la mañana en su rocío. Todo parecía suspendido unos instantes, con un grupo de guerreros alrededor de quien ni lo fue ni quiso serlo, esperando para volver al aire, a ese aire amarillento de ceniza, enfermo de opacidades que ni el sol disolvía del todo, porque aquellos funerales eran otros presentidos y entre leña verde ardían con Idzumi calendarios de los años venideros.

Nadie escapará de aquel fuego, eterno buscador de cuerpos que alimenten al suyo ausente, ni huirá de la quemadura que cada uno lleva en sus ojos grabada, camino ya de vuelta a los aviones que aguardan en las pistas. Emboscada entre las nubes la llama espera, o en el acero de un barco construido en un lugar que Idzumi no oyó mencionar nunca. Ella había sido la cadena entre la guerra y el mundo y ahora la guerra y quienes en ella bogaban seguían a la deriva a la espera del escollo, cada cual el suyo, que un día incierto les hiciera abandonar aquella singladura. Sólo Matome, Tanaka y Yaskitsugu sabrían la

fecha, y sin necesidad de entregar un ojo a cambio de tal conocimiento. Pero la esperanza, una última, vaga, postrera esperanza, les hacía creerse más afortunados que los tres muchachos, porque el presentimiento recibe ese nombre cuando le falta el grado de certeza, y a esa diferencia mínima se abrazaban todos, por no abrazarse entre ellos, mientras abandonaban los funerales de Idzumi para volver a sus puestos.

El día se obstina en su gris languidez y los aviones que van y vienen parecen bucear en el aire como peces resentidos, incapaces incluso de rugido alguno, y cuando al anochecer regresa Ikuko junto a sus muchachos descubre que aún recuerdan su historia del cojo eterno y están preparados para responder con otra. No es de extrañar: Idzumi no era nada para ellos y tampoco lo es la muerte.

Ikko se resigna y escucha, obligándose a prestar toda la atención a la historia, pero enseguida se da cuenta de que su cabeza ha volado primero al recuerdo de la difunta y luego a la poderosa imagen del hombre que se cercena un pie para no morir nunca y pide a Matome que vuelva a empezar el cuento.

Al joven no le gusta nada haber sido ignorado, pero no hace comentarios, o no hace más de los normales.

-Bueno, pues estaba diciendo que esta es la historia de un caballo que no quiso ir a la guerra.

-y se cortó una pata- respondió Ikko tratando de aligerar el ambiente.

-No. Esta historia es diferente a la tuya.

y emulando la teatralidad de la propia Ikuko, Matome empezó por segunda vez su relato:

«Anchos son los prados y no sólo en Mongolia. Los que no lo son se llaman jardines.

En esos prados, vivía un caballo negro y brioso, dedicado en otro tiempo a pasear la orgullosa figura de su jinete por los

campos de batalla en que se enfrentaron dos pueblos vecinos, porque eso de que guerreen los pueblos lejanos es cosa moderna.»

El inicio gustó mucho a los tres espectadores, que animaron con sus gestos a Matome para que siguiera.

Era la historia de un caballo propiedad de un viejo general, veterano ya de muchas guerras. No quiso ir de nuevo a la guerra, menos aún sin su amo, y se escapó de los soldados que lo llevaban; para llenar la panza en relativa seguridad, se mezcló con las reses de un vaquero medio ciego, y hasta encontró la manera de pintarse manchas blancas sobre el lomo. La historia termina cuando, después de algún tiempo de conseguir escapar a su turno, el vaquero lo consigue atar para ordeñarlo y el caballo, al intentar protestar, se oye mugir a sí mismo.

Tanaka y Yaskitsugu habían participado en la invención del relato, pero de todos modos felicitaron a Matome por su brillante interpretación. El resto de la noche lo pasaron discutiendo si el cuento del caballo era de verdad distinto o no de la historia que había contado Ikko, y no llegaron a ninguna conclusión, porque ambos relatos hablaban de lo que pierde el que no sabe enfrentarse a su hora, pero son distintas las razones por las que escapan, pues el cojo eterno quiere tener tiempo para vivir lo que aún no ha vivido y el caballo anhela una especie de jubilación tranquila y sin sobresaltos.

Los muchachos se perdían a menudo en esos razonamientos, pero no les importaba ensayar tesis descabelladas, porque ante aquella mujer, que era casi como uno de ellos, no había nada ridículo ni inconveniente.

En las noches que siguieron a aquella, Ikuko les contó docenas de largas historias, unas veces inventadas, otras a medias recordadas, y escuchó atentamente todas las grandes y

pequeñas cosas que ellos quisieron participarle, y compartió su botella de sake, y alguno de sus cigarrillos, porque ya no le importaba que aquello fuera impensable en una mujer, ni tampoco que el alcohol se le subiera a la cabeza o el humo le quemara la garganta. Y sobre todo, compartió con ellos los despojos de la adolescencia que dejaba paso a una madurez prematura, a una madurez impuesta por la decisión que habían tomado. Ya no eran sólo ellos, sino ellos, sus antepasados, su patria y un fantasma en las peores pesadillas del enemigo; un hombre que es tantas cosas no puede portarse como un niño, ni mostrar reacciones pueriles, ni siquiera decir en voz alta lo que siente, porque el que reflexiona en voz alta parece a veces que se queja, y en Japón una queja es igual que una blasfemia, " o aun peor, porque el dios al que se ofende es la milenaria tradición de resistir en silencio.

Y a medida que se hacían más hombres, Ikuko se tornaba más mujer ante sus ojos, más objeto de deseo, de un deseo prohibido que no se atrevían a reconocer por miedo a romper el hechizo y descubrir en ella a la empleada de la base que era en realidad. Ikko se dio cuenta y se sintió avergonzada de ser una tentación, incluso sin quererlo, para aquellos muchachos, y sintió también lástima, porque todo el afecto, comprensión y compañía que les había ofrecido no habían bastado para ocultar su cuerpo, un cuerpo demasiado real que no podía esconder detrás de ninguna idea. Mantenían todos la ficción de que ella era un camarada más, un amigo con quien hablar y beber, pero era inútil negar que a pesar de eso evitaban todo contacto físico, e incluso toda proximidad excesiva, ellos por miedo a delatarse, ella por temor a despertar sensaciones distintas de las que estaba dispuesta a ofrecer.

Lamentablemente, no estaba ya Aio para decirle que aunque fuertes son las palabras y los afectos, no hay fuerza

como la de la sangre que se arremolina en la juventud enfurecida.

Sangre fresca y sin futuro.

XXI

Era 6 de abril cuando Yaskitsugu se presentó ante el comandante de la base, se ciñó en la cabeza la banda ritual, el Hachimaki, bebió el sake y despegó hacia el Sur, hacia Okinawa, saludado como un oficial de rango superior. Todo el personal de la base acudió a la despedida, pero sólo Tanaka, Matome e Ikko bebieron aquella noche por el amigo que acababa de sumergirse en el mar eterno, para estar junto a Yashiro, para estar junto a otros tantos.

Aunque todos sabían que ese día habría de llegar, tal conocimiento no bastó para llenar el hueco que la ausencia había dejado, ni para escapar del terror a plazo fijo que planeaba sobre el grupo.

Trataban todos de pensar en otra cosa, o de pensar en lo mismo hablando de otra cosa, más aficionados al alcohol que otras veces y también más vulnerables a sus efectos. Intentaban reencontrar los lugares de alegría a que llevaban los atajos escorzados por otras noches de convivencia, pero no hay veladas de sosiego a la orilla del ser, ni serenidad que se encuentre al borde de un grito, y se hallaba cada uno frente a frente con sus arrecifes coralinos, sus algas viscosas o sus días eternos de soledad y recuerdo, afrontándolos a veces, buscando las más una salida a sabiendas de que cada cual eligió su grieta, su abismo y su desierto.

Presentes en aquel cuarto ahumado y silencioso, muchas generaciones de muertos dejaban de ser fantasmas, y de entre ellos eran los marinos los que más se acercaban al oído para murmurar su sentencia.

Los que se juntan bajo el mar no tienen nombre ni patria, ni recuerdan siquiera si fueron guerreros, mercaderes o pescadores. No cubre sus cuerpos más lápida que un océano infinito custodiado por el cielo, ni florece rosa alguna sobre sus tumbas.

Sólo la aurora.

XXII

Tres días después fueron Tanaka y Matome los que vistieron el traje de botones negros con la insignia de la flor de cerezo silvestre, bebieron el sake y se ataron el Hachimaki. La noche anterior prefirieron estar solos, pero dejaron una carta para Ikko, una de las muchas que iría acumulando en su memoria, y sobre todo en su memoria inconsciente: esa forma de recuerdo que desdeña las palabras para atesorar únicamente las sensaciones. Los aviones rugieron sobre la pista, empapada por la lluvia, y aceleraron hasta elevarse. Todos siguieron en posición de firmes las evoluciones de los aparatos hasta que se perdieron de vista. Luego, el comandante dio la orden de que cada uno volviera a sus labores.

Aquella noche Ikuko volvió a sentir el mismo vacío que experimentara cuando Yashiro no volvió. Sentada sobre su estera, abrió el sobre que le habían dejado los jóvenes kamikazes

y sacó dos papeles.

Uno le había escrito una carta; el otro, simplemente había copiado para ella un antiquísimo poema.

Cogió la primera hoja, sin encabezamiento, y empezó a leer:

«Tengo toda la noche para reflexionar y, sin embargo, no soy capaz de escribirte más que un montón de palabras confusas. No sé qué decir ni qué pensar: sólo aguardo a que amanezca para dar el Gran Paso. Lo que más me extraña es que no tengo ningún miedo, ninguna duda. ¡Quiero hacerlo a pesar de todo, a pesar incluso de ti, que eres ya una buena razón para querer seguir viviendo.

Esta noche te deseo, te deseo con todas mis fuerzas, te deseo como nunca lo hice antes, y disfruto de este nuevo sentimiento con la misma intensidad con que pesa sobre mis hombros la necesidad de decirte adiós, un adiós agradecido, sin pedirte nada más. Si quieres olvidarme, no me importa: yo nunca te olvidaré, y allí a donde voy rogaré porque te guarden un sitio cerca, muy cerca de las flores.»

MATOME

Ikuko sintió ganas de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas ni rabia con que impulsarlas y acuchilló con silencio las paredes de aquel cuarto que ya tantas veces la había visto sentada sobre sus talones a punto de convertirse en un boquete en el aire.

El otro papel era de Tanaka, y aunque ella supo nada más leer el primer verso que se trataba del famoso poema de Suto-Kuin, quiso leerlo hasta el final, igual que lo había escrito hasta el final el que con tanto afecto se lo dedicaba:

Cuando alguna enhiesta roca
se halla en medio de un torrente

se detiene al encontrarla
rumorosa
la corriente',
la rodea en remolinos y su fuerza
le permite en un instante
reunir sus dos aguas.
Por un golpe de la suerte
hemos sido separados;
volveremos a reunirnos
para siempre,
que este paso
nuestro amor tan sólo aplaza
como la roca
no impidió que se reunieran
al correr aquellas aguas.

Te deseo y nuestro amor eran palabras que leía con falsa sorpresa, y falsamente se convencía de que nada había hecho para provocar aquellos sentimientos que la convertían en una nueva, acumulada frustración. De sobra sabía que no es necesaria mayor acción que la de existir para despertar en otros

expectativas no deseadas, que tan ajenos a la voluntad son los deseos propios como los ajenos, pero el tiempo pasado junto a aquellos muchachos había sido tan pleno que Ikko se negaba a recibir la absolución de manos del único remedio posible: desaparecer.

Desaparecer de la vida de todos, y de la base incluso, donde abundaban también los ojos que seguían sus caderas por las pistas, los almacenes y los pasillos. Desaparecer porque era ya peor ser una mancha de esperanza que una mancha de

ceniza; los más lúgubres presagios se encontraban en el mundo, todo el mundo circundante, y no en sus despedidas a la hora del despegue: ella era sólo lo que había más allá de la alambrada y los hangares, lo que habrían de perderse tras el día sin regreso que con tanta prisa se acercaba.

Y leía amor y deseo en aquellas cartas como el que descifra un oráculo o asume una profecía, sabiendo que no puede mover la estrella que tal rumbo le señala. Para evitarlo podía sólo escapar de la base o del mundo, pero la primera de las posibilidades no le parecía atractiva en absoluto.

XXIII

Ikuko hubiera querido estar triste muchos días por aquellos muchachos, pero pronto llegaron otros, tan necesitados de cariño como los anteriores, tan ansiosos como ellos de oír historias y de tener a alguien a quien contarle que en su isla solían ir a pescar con su padre o con su abuelo.

Además, alguien había tenido noticia de sus largas noches en vela con Matome, Tanaka y Yaskitsugu y había sugerido a los recién llegados que hablaran con la empleada de la base, aficionada a trabar amistad con los pilotos suicidas para menguar la añoranza que su amado Yashiro le había dejado, y no solo en el corazón.

Ikuko se indignó cuando lo supo, pero ya había dejado atrás el tiempo del orgullo y la apariencias, y no quiso cometer la injusticia de dar la espalda al ingenuo muchacho que se lo contó, porque ni era culpable de haber propagado el rumor, ni

tan siquiera de considerarlo cierto, pues esa sería, sin duda, la única buena noticia que habría de recibir hasta el final de su vida.

No, no podía estar triste ni indignada, no podía recogerse en su interior y dejar que afuera pasara la tormenta. En realidad sí que podía, siempre se puede, pero quedar al margen de las tribulaciones circundantes es no pertenecer al entorno, no ser parte del grupo, y hay grados de soledad difícilmente soportables para quien, como Ikko, no tiene una vida esperando fuera. Cuanto era y cuanto tenía estaba en aquellos hangares grasientos, ennegrecidos de aceite de motor, combustible y rabia.

Participó en las conversaciones nocturnas de los muchachos, como ya siempre lo haría en adelante, y lo mismo que los tres primeros, aquellos fueron poco a poco abriendo sus vidas, sin tiempo siquiera de dar nombre a sus historias y temores, porque sólo dos días después de su llegada a la base fueron llamados para su último viaje.

Y luego llegaron otros, y después otros, y otros más, automática, casi mágicamente avisados de que había una mujer en la base que disolvía sus horas de sueño entre sake, cigarrillos, conversación y lo que cada cual quisiera imaginar, porque la imaginación siempre es libre, más aún que el pensamiento. Libre incluso para pintar angustias; cuando tal hace se llama preocupación, y es entonces cuando muestra la verdadera amplitud de su albedrío.

XXIV

Preocupada estaba Ikko, de pronto, por su futuro. Sin familia y sin fortuna, incapaz de amar a nadie y con fama nada favorable, no tendría a dónde ir cuando acabara la guerra, porque la guerra acabaría más temprano que tarde y cada cual despertaría, en los arrozales, tras el mostrador de una tienda o en la universidad o la fábrica que abandonara para vestir el uniforme imperial.

Tras el terremoto de 1923, que asoló principalmente Tokyo , fue precisa la ayuda de las mujeres para la reconstrucción de la ciudad, y desde entonces el trabajo de las mujeres no estaba tan mal visto como en épocas anteriores; el envío de grandes contingentes de hombres al frente durante la guerra había acabado de echar por tierra el arcaico prejuicio. Ikko, sin embargo, no podía despertar de sueño alguno ni pasaba por su mente regresar al hogar familiar, donde no sería más que un estorbo, sobre todo para sí misma.

No se sentía con fuerzas para empezar una vida nueva en cualquier lugar lejano donde hubiera una fábrica o un puesto de sirvienta. Pensaba en el largo viaje, la búsqueda de un lugar que convertir en propio y las nuevas gentes que la rodearían y algo se encogía en su interior, como un niño que trata de protegerse ante quien alza una mano.

A veces, demasiado a menudo, pensaba que nunca habría un después para ella, que en aquel cuarto austero la alcanzaría el fin del mundo, y se acordaba de Idzumi y la despedida que todos le rindieron como examinando algo que podía comprar con sólo desearlo.

Entonces la asaltaba de nuevo el recuerdo de Yashiro y

releía, una por una, las muchas cartas que los jóvenes pilotos le habían escrito buscando en ellas el rostro de sus autores. Las había febriles, delirantes como el sueño de un loco; otras estaban llenas de una paz inmensa, de terror, o de simple resignación, pero todas eran distintas y en todas le dedicaban a ella un último beso, una última caricia agradecida.

De entre todas prefería la que Matome le dejó el día de su marcha y la que escribió Ikuo, un piloto ya no tan joven al que solamente oyó pronunciar una docena de palabras en los cuatro días que espero junto a sus compañeros la orden de partida. Aquel hombre silencioso hizo temer a Ikuko que su presencia resultaba molesta al grupo, pero una noche que ella llegó más tarde de lo acostumbrado fue él quien le dio las gracias por haber ido a visitarlos de todos modos. Todo lo que tenía que decir lo dijo en la hoja que, sin sobre, dejó para ella sobre la única mesa de la habitación.

Mucho está durando ya el silencio de las armas que aquí trajimos, y es en parte culpa suya, señorita Aitoshi, porque no hay rencor que resista cuatro días a su lado ni voluntad de matar que de ese modo persevere.

Aquí estoy para decirle que en estos largos meses, largos si miro cuanto en ellos he vivido desde que dejé atrás lo que parecía una vida para unirme a los pilotos de Formosa, todo sigue igual para cambiar, o cambia para seguir igual, que por una vez me doy a los retruécanos y acepto el significado de tan torpe corro de palabras.

Todo sigue igual para cambiar pues las situaciones que se prolongan en cierto modo se enquistan y se disuelven, como el trozo de mantequilla que se extiende en demasiado trozo de pan. Se prolongan mis soledades entre vidas que renuncian, se rinden o simplemente se marchan, y se estiran como sombras mis pasadas victorias sobre gentes inferiores, a las que poca gloria gané

venciendo: me siento ya como un domador de monos, que ni arriesga ni espera aplauso alguno, porque no encuentra mejores fieras que afrontar ni sabe si tendrá valor para ello en su momento: tal es el efecto de la falta de costumbre.

Y se prolongan las ausencias como si una maldición me gobernase, porque siempre tuve a las mujeres que no logré amar y nunca logré tener a las mujeres que se hicieron un lugar entre mis versos. De nuevo el carrusel de las palabras, otra vez, y una más, porque hay vidas en las que todo es redondo, redondo como esas esferas mentirosas de los relojes que se empeñan en convencernos de que las horas vuelven porque vuelven las agujas sobre los signos. Sólo los relojes de arena dicen la verdad, pero son demasiado pequeños y al final hay que darles la vuelta. Si el mundo se obligara a contemplarse en un descomunal reloj de arena que digiriese en su vientre la osamenta de los siglos, no se malgastaría tanto empeño en abaratar años, vidas y existencias. Pero no: son todos demasiado pequeños y yo ya no tengo fuerzas para poner boca abajo cosa alguna, ni deseos de cambiar ningún rumbo. A solas con mi impotencia me dejaron los dioses y a solas me dispongo a no erguirme cuando el viento cese. Esta espiga que yo soy, quiere ser pan, no sementera.

Pero todo se prolonga, señorita, se prolonga tanto que las despedidas se acumulan sobre el alma creando una pátina inconsciente que nos vuelve insensibles, y temo que esa pátina, como cualquiera, apague el brillo de ilusiones antes y todavía resplandecientes, que quiero llevar intactas conmigo antes de que la senectud las acabe silenciosamente en un rincón del alma, sin ruido ni prisa.

Cualquier día llegarán años de nubes y no sé a quién reclamaré entonces estos días de añoranzas, y buscando de antemano a quien pueda devolverlas me encuentro a veces atrapado y escribo cosas como esta, que no reflejan ni depresión ni

tristeza) no se equivoque) sino la rabia de un hombre que padece de exceso de lucidez y se sabe carne de suicidio. Me confieso aquí cobarde y esa es la sola razón de esta carta tan prescindible como mi existencia toda. Esta es mi única ocasión para decidir la hora de mi muerte sin que los otros se autoricen a interpretar mis razones. Esta es mi última oportunidad de irme en silencio) sin dejar apenas huella) entre otros que ni saben por qué se van ni por qué vinieron. Igual me da el avión que espera sobre la pista que la daga que nunca me atreví a empuñar sobre mi vientre. Lo mismo vale esto que la soga o el veneno) pero siempre deseé que mi cuerpo abonase las raíces de un árbol) o de un misero arbusto) y me doy por satisfecho con fertilizar el futuro de mi pueblo) o cuando menos su último estertor.

Consciente soy de la única) imponente palabra capaz de describir cualquier fertilizante. Así me siento y así me voy.

Adiós.

XXV

El mismo día que alzó el vuelo el último grupo, que había estado dos días en la base, llegó Yosuke, el más joven de los pilotos suicidas que habían pasado por el aeródromo. Tenía sólo dieciséis años, aunque sus documentos atestiguaban que pronto cumpliría los dieciocho. Había pasado dos meses en la escuela de pilotos suicidas y le habían enviado allí, a esperar la orden de lanzarse. Estaba solo y tenía miedo, un miedo enorme, sólo comparable a su decisión de convertirse en

Kamikaze, en Viento Divino que barriera a los enemigos de su patria igual que siglos atrás el huracán aniquilara la flota del temible Kublai Khan.

Se había escapado de su casa para alistarse como piloto y por eso estaba más solo de lo habitual, y más ávido de escuchar las historias de Ikuko, y de beber sake con ella, aunque no acabara de gustarle, pues había de convertirse en un hombre muy, muy deprisa. Sin embargo, no quería abandonar tan pronto los recuerdos de los juegos con otros chicos, allá en el pueblo, unos recuerdos tan lejanos que pensaba pertenecían a la vida de otro.

También Ikuko le contó cómo había sido su niñez: obedeciendo ciegamente en su casa y disfrutando del bosque cada vez que la anciana Iva la llevaba a pasear con otros niños por las tardes. Y los recuerdos de esos juegos en el pueblo se mezclaban con los juegos en el Tokio de Yosuke, hasta que formaban una sola, risueña algarabía de niños que jugaban.

Ikuko lamentó entonces ver tan lejana su infancia y se sintió como una anciana hablando de cosas que apenas eran en su memoria algo más bosquejos de un trazado impreciso. Yosuke la miraba a veces boquiabierto, descubriendo la vida en el campo a través de sus palabras, presto al trueque de aquellas verdes imágenes por chabolas suburbanas, de endeble y triste madera, fábricas, tienduchas diminutas hasta extremos imposibles y casamatas esparcidas por los huecos destinados a nuevos y grandiosos edificios que nadie sabía ya si llegarían a construirse algún día.

Veinte años después del terremoto, la ciudad se había recuperado en parte del desastre, pero un cierto sabor rancio a caos y desconfianza confería a cada edificación un palpito de provisionalidad imposible de desarraigar. Cada piedra era un enemigo, cada pilar un peligro, cada voladizo un intento de

suicidio ante el próximo temblor. Y todo, el conjunto entero, impregnado en una fuga de calles y avenidas que escapan a ninguna parte, que no confluyen en plazas o lugares de reunión, sino que divergen hacia un exterior aún más caótico, hasta el alivio del mar.

Cuando Yosuke se concentraba en estas descripciones conseguía imponerse a la tenaza que otras veces oprimía sus palabras, y se recreaba en digresiones incluso poéticas, disfrutando del rostro de Ikuko, atento siempre a las formas de aquel mundo urbano que no había conocido y ya no conocería nunca.

La llanura de Musashi, aquella de la que en otro tiempo se escribió que la que la luna se alza y la luna se pone en un océano de hierba la había cautivado con su pasada belleza, vencida también por el tiempo y las heridas de una civilización inexplicablemente orgullosa de sus obras, madre desafecta de hombres como Yosuke, lanzados al vacío para convertirse en viento, Viento Divino en los aviones o viento apátrida en las migraciones.

Y así, entre charlas, juegos masculinos y algunos alardes de narrativa pasaban las noches que ya no contaba Yosuke como temió en un principio, esperando el momento en que algún otro piloto fuera destinado a ese cuartel general del olvido en que se había convertido el aeródromo.

No llegó nadie.

Hacía tres días que Yosuke había llegado a la base cuando se desataron las lluvias, reteniendo en las pistas a los escasos aparatos que aún patrullaban a diario los cielos. La forzada inactividad sirvió sobre todo para aquilatar la magnitud del desastre, pues en el cotidiano ajetreo era muy difícil darse cuenta de que entre el personal de tierra y los pilotos no quedaban en el aeródromo sino la décima parte de los que iniciaran allí la guerra. Entre bajas y traslados, la dotación restante bien podía servirse de un par de edificios y dejar el resto al abandono, pues ni material había ya que mereciera la pena almacenar.

El comandante era el único que siempre había estado atento a los muchos y delicados poros por los que día a día se escapaba la sangre de su unidad, pero ni podía hacer nada por remediarlo ni pensaba sinceramente que aquello pudiera ser positivo. De hecho, se sorprendía de que la última escuadrilla no hubiera sido disuelta y transferidos sus miembros a otros aeródromos más importantes, cualquiera en realidad, donde se pudiera sacar más partido a su veteranía.

Las lluvias trajeron también el abandono al ánimo de Ikuko, que ni siquiera se molestó aquellos días en seguir con sus tareas más allá de lo imprescindible. Contra todas las costumbres y convencionalidades de siglos que mantenían a la mujer apartada y sumisa, los tres oficiales que quedaban aparte del comandante Mera la invitaron a pasar unas horas con ellos en la sala que hacía las múltiples funciones de cuarto de mapas, club de oficiales y despacho, y aunque el pretexto fue que deseaban despedirse de ella -dos ya habían recibido la orden

de traslado y otro la esperaba para cualquier día-, el hecho es que admiraban a aquella mujer indomable que permanecía junto a los militares cuando la nación entera comenzaba a menospreciar al arma aérea por su incapacidad para frenar los bombardeos enemigos que estaban asolando el país.

Ikuko se presentó ante ellos como quien va a sufrir un interrogatorio, pero enseguida le rogaron que dejara a un lado el estilo indirecto que el idioma japonés prescribe a las mujeres. Ikko no era una gheisa, ni tenía conocimientos o preparación alguna para comportarse como tal. No hablaba idiomas ni entendía de negocios, no sabía más geografía, historia, canto o baile que lo que pudo aprender en su casa. No era una de las divinas servidoras de los hombres, pero estaba orgullosa de que la trataran como a una de ellas porque en el fondo sabía que se había ganado aquel respeto.

Habló con los tres hombres largas horas, en voz baja, arrullados todos por la lluvia interminable. Quizás no parara nunca.

Entonces llegó el comandante y se deshizo la calma, hendida por sus profundos ojos y la expresión de su rostro al encontrar a una mujer en aquel santuario. Ikuko saludó humildemente y se fue. Esta vez no tuvo que dar media vuelta porque no le dirigieron palabra alguna.

Se fue atesorando las palabras de aquellos oficiales que le habían contado que la guerra iba muy mal, que ya no había ni un solo lugar seguro y que se preparaba la resistencia para cuando los americanos intentaran conquistar el país como estaban conquistando Alemania. Se fue llevando en su regazo la esperanza de que el suyo siguiera siendo un país libre, porque los japoneses estaban todos dispuestos a morir y era seguro que el enemigo tendría buen cuidado de sus vidas. Se fue custodiando el deseo de que se alcanzara una paz honrosa que permitiera

salvar su orgullo y su cultura milenarias de las garras de aquellos hombres inferiores que rara vez sabían crear belleza, y cuando lo hacían la pisoteaban en lugares cotidianos y miserables, como quien se pone su mejor kimono para engrasar una máquina.

Se fue con Yosuke, porque él no había querido juntarse ese día con los otros hombres y estaba solo en su cuarto, mirando las ondas que cada nueva gota formaba en los charcos, imaginando acaso que eran diminutos aeroplanos que caían en un océano a su medida, y quería contemplar con él esos naufragios. Y no por piedad: ya no se apiadaba de nadie, ni siquiera de sí misma y su falta de futuro. Quería aferrarse a aquellas horas de paz para tener una patria en el alma a la que regresar en medio de otras contiendas, como quiere el marinero conocer una tierra firme a la que volver un día, cuando acaben todas las tormentas.

Es bueno saber que existe tierra firme aunque ya no queden mapas.

XXVII

Pasaron así los días, hasta nueve, sin que dejara de llover un instante, viviendo todos en medio de una paz excesiva, pero al llegar la noche del noveno el cielo se repobló de estrellas y todo el mundo se preparó para el día siguiente, que sin duda sería ajetreado. Cuando Ikuko fue a ver a Yosuke, él le dijo que se iría al amanecer. El muchacho contenía a duras penas las lágrimas,

y era su esfuerzo tan evidente que se sintió obligado a explicar que no estaba conmocionado porque iba a morir, sino porque ya no volvería a verla.

Ikuko le sonrió agradecida: era el primero que tenía el valor de decírselo personalmente, sin confiar sus pensamientos a una carta nacida póstuma. Pasó su mano por el cabello del joven piloto, y se sentó a su lado.

-Eres el primero que me dice eso.

-Seguro que no -repuso Yosuke, que había oído las mismas historias que todos los anteriores.

-Otros lo escribieron en una carta, pero tú eres el primero que no tiene miedo a una respuesta.

-¿Por qué te temían los otros?

Ikuko pensó unos instantes antes de contestar.

-A lo mejor pensaban que podían leerles el pensamiento...

-A mi no me importa.

-La verdad es que no puedo hacerlo, pero si tú no tienes miedo a que sepa lo que hay en tu cabeza, ya sabemos por qué dijiste eso.

-Lo dije porque lo sentía.

De pronto, Ikuko se dio cuenta de que había estado tramando una maraña de palabras en torno a la verdadera razón. El muchacho lamentaba más no verla que ir a la muerte al amanecer y lo único que se le había ocurrido era compararlo con los otros, tercamente aferrada a su manía de poner a salvo su parte más sensible.

-Lo sé. Te lo agradezco.

El momento de debilidad había pasado y el joven aviador estaba tan enojado que no toleraba ya toda aquella dialéctica cortesana.

-De nada me sirve que estés agradecida o que te importe un rábano. De nada me sirve ser el primero en decirte

que me aterra la idea de no volver a verte o ser el decimocuarto. De nada me valdrá tampoco que me recuerdes, o que me olvides, o dejarte una carta para que la guardes, para que la quemes o para que seques los vasos del comedor. La verdad es que debería darme todo lo mismo porque nada de lo que pueda hacer o decir vale la pena.

-No es así -se opuso Ikko, tratando de atajar aquel torrente de despecho.

-Dos horas después de que amanezca, estaré seguramente muerto. Lo demás son poesías.

-¿Te arrepientes de haberte presentado voluntario? Yosuke la miró extrañado. No comprendía cómo podía sacar aquella conclusión.

-¡Menos que nunca! He tenido casi cien días plenos en mi vida, casi todos en estos últimos tres meses, y como dijo mi instructor en la escuela de pilotos, eso es más de lo que pueden decir muchos ancianos. Mi futuro en Tokio era respirar aire viejo en una fábrica hasta envenenarme de azufre, y perder la vista y el oído entre gases y estruendos. No te puedes imaginar el ruido que hay en una fábrica, y cómo te afecta eso. No has visto, como yo, volver a la gente del trabajo cada día un poco más ancianos, como mi hermano, que murió en Birmania con veinticinco años y aparentaba cuarenta. ¿Qué podía ofrecerme ese sitio a cambio de lo que he vivido desde que salí de allí?

-Entonces, ¿por qué dices que nada importa?

-Porque ya he cobrado el precio en que tasé mi vida, y lo he cobrado yo, sin poner esperanzas en nadie. Darse por pagado con que alguien te recuerde, con ser considerado un héroe o cosas por el estilo es dar a los demás más importancia que a uno mismo. Es como sacrificarse para que otros lo agradezcan, o dar limosna cuando te miran, o figurar con letras doradas en un letrero como primer benefactor de un hospital

infantil; esas son cosas que satisfacen tanto como agrada el aplauso ajeno, y a mí el aplauso ajeno me trae sin cuidado.

Ikko estaba tan sorprendida de oír aquellas palabras de la misma boca que había pronunciado también las mayores chiquilladas que no sabía cómo responder.

-También puedes desertar y disfrutar desde ahora de una emocionante vida de prófugo. -respondió Ikuko, segura de que todo aquel maravilloso razonamiento había salido de alguna parte y el muchacho lo asimilaba sólo a medias.

-Pero yo sí creo en mi país.

-¿Y qué es un país más que un conjunto de gente con historia, sentimientos y proyectos comunes?

Yosuke golpeó sus piernas con las manos.

-Lamento explicarme tan mal. Yo no he dicho nunca que no ame a mi patria, ni a los ciudadanos que en ella viven, y menos aún que no crea en la unidad que todos formamos. Digo justamente todo lo contrario. Digo que ellos pueden esperar cualquier sacrificio de mí, pero no por agradecimiento, orgullo o un recuerdo. Doy lo que doy porque lo tengo y libremente dispongo de lo que es mío. Regalo algo y estoy satisfecho, pero lo que no estoy dispuesto es a venderlo. ¿No puedes entenderlo?

Ikko asintió.

-Lo que no estoy dispuesto es a esperar nada de nadie, - ni a calcular el beneficio de cada acto basándome en lo que los demás pensarán que vale, porque en realidad no vale nada porque ya dije que es gratuito. Ni por todos los palacios del mundo me subiría mañana a ese avión para enfilarlo contra un barco enemigo. Ni por todo el oro de la tierra me hubiera salido de mi casa para ir a Formosa.

-Muchos lo hacen por una medalla.

-Allá cada cual con el precio a que vende su pescado. De

esos los habrá que más adelante digan que fueron estafados. A mí es imposible estafarme.

Entonces cobraron nuevo peso para Ikko las palabras de Yosuke, asegurándole que sólo lamentaba morir porque no volvería a verla y pensó que tal vez un recuerdo era poco a cambio del corazón que él le daba. Escandalizada ella misma por lo que estaba haciendo, se inclinó para besarle. Ella miró sorprendido, incapaz de reaccionar, pero Ikko lo besó de nuevo. Sí, estaba segura: un recuerdo era un regalo demasiado mezquino, sobre todo porque ella podía hacer que se sintiera un hombre el muchacho que le había hablado como un hombre y muy pronto moriría como un hombre.

Ikko se tumbó en el suelo y comenzó a desabotonarse la camisa, y mientras lo hacía se miraba las manos como si fueran de otro, como si una voluntad ajena las impulsara y gobernase su habilidad con los ojales. Y aquel pecho era de otra que mudaba el rostro cada segundo, unas veces descarada, tímida otras, sonriente las más, de otra que se desnudaba para ella mostrándole una tierra mucho tiempo baldía, en un barbecho excesivo que no aguarda más cosechas.

Él la miraba fijamente, muy serio. Miraba sus ojos negros, llenos de dulzura, sus labios dibujando una sonrisa abierta, y su vista no iba más allá por un extraño decoro que le prohibía adentrar la vista donde quería. Ikko prendió su mirada y la condujo a los pechos, blancos y redondos, y Yosuke sintió como su respiración comenzaba a acelerarse mientras ella seguía sonriendo y desvistiéndose lentamente. No quedaba ya coraza alguna donde encubrir el miedo: él tuvo que hacer lo mismo, y luego, desnudo, se tumbó en el suelo allado de ella.

Ikuko se sorprendió a sí misma no sintiendo ninguna vergüenza en aquella situación. Todo lo que sentía era paz. Paz y silencio. Fue ahora él quien, de costado, comenzó a besarla.

Luego sus manos corrieron levemente, como gacelas asustadas, por los pechos, los costados y los muslos de ella, que le devolvía los besos y las caricias acompañados por los primeros suspiros de placer.

Yosuke quiso decir algo, dar o pedir una explicación, pero ella besó la primera sílaba y las demás se extraviaron para siempre entre los dientes de la muchacha.

Los lazos se fueron haciendo más estrechos hasta que Ikko, envuelta en una nube de deseo, separó levemente sus piernas; él entonces se colocó sobre ella y la penetró suavemente, haciéndola estremecerse. Luego, firmemente unidos, bailaron juntos la danza de los amores imposibles.

Porque imposibles lo son todos. Tarde o temprano llega el día en que a nada saben los besos y se vuelven los abrazos tristes apretones sobre cuerpos doloridos, en que se oscurece el sol, la luna y las estrellas, y vuelven las nubes después de la lluvia para echar anclas en el cielo y no escampar nunca.

Se amaban en el suelo con toda su furia porque sabían que nunca llegaría para ellos ese momento, ni habrían de ver juntos el día en que temblasen los guardianes de la vida y se encorvasen los más fuertes. Exterminaban sus cuerpos sobre el suelo, entre babas y violencia, celebrando que no compartirían el día en que no vieran florecer el cerezo, y se quebrase el cántaro que iba a la fuente, y se deshiciera en orines la polea que subía agua del pozo, porque el tiempo y la fatiga se ríen de las promesas, el afán por dejar huella es vanidad y Quohélet un implacable sembrador de desalientos.

Aquella vez no hubo carta de despedida: cuando al amanecer entraron a llamarle, ella seguía aún a su lado, vestida y despierta, para dedicarle la última sonrisa antes de que partiera.

No fue muy distinto. Se reunió toda la escuadrilla,

Yosuke se ciñó el Hachimaki, bebió el sake, saludó al comandante y se fue en su avión, hacia el Sur, a convertirse en Viento.

No fue muy distinto, pero ella decidió que sería el último.

XXVIII

En los días que siguieron no llegaron más pilotos, y la base pudo volver por un tiempo a su vida habitual, sin ceremonias emocionantes ni formaciones al amanecer.

La naturaleza seguía su curso con maravillosa indolencia, alimentando con su fuerza las flores y las hojas nuevas de los árboles, que comenzaban a resucitar de su letargo. La radio decía que en Europa se habían rendido los alemanes, que la guerra había terminado. Japón se quedaba solo, solo y agonizante frente al mundo, pero demasiado orgulloso para pensar siquiera en la rendición: los pueblos que se sienten superiores a los que les vencen no se resignan a la derrota. Por eso había empezado la guerra en Europa; por eso no acababa la guerra en el Pacífico.

Cuando a mediados de mayo comenzaron a llegar nuevos grupos de pilotos suicidas, Ikuko ya había acallado todas las dudas de su corazón y había decidido volver con los muchachos. No habría más último que el último que se fuera: tampoco ella quería reservarse nada en aquella alocada carrera de autodestrucción en que se hallaban todos inmersos.

Y volvió a contar historias, y a servir sake, y a escuchar las

grandes y pequeñas aventuras que ellos le contaban, y volvió a guardar sus cartas y algunas fotografías, y volvió a acostarse con algunos de ellos la noche antes de que se fueran, sintiendo unas veces placer, otras dolor, y siempre la fuerza y el coraje de los que nada tienen que perder. Y acariciaba sus cuerpos con la misma loca pasión con que ellos acariciaban el suyo, pero con más pena, porque sabía que para ella habría una noche siguiente, un próximo abrazo, aunque fuera también el último abrazo de otro hombre sin mañana.

Por encima del placer y del vértigo, lo que más disfrutaba Ikuko era su poder, aquella fuerza a la que se entregaban los hombres que yacían con ella, convirtiéndose por unas horas en niños, seres débiles e indefensos, necesitados de caricias y cuidados. Ikko era el último puerto antes del viaje a lo desconocido, la última realidad tangible antes de entregarse al supremo interrogante de la muerte. Todo lo que hay un instante más allá son palabras y promesas, creencias, leyendas y esperanzas: palabras al fin y al cabo para describir un paso en el que son precisamente las palabras las que sobran, abolidas por otra realidad más poderosa.

Por eso Ikuko tampoco hablaba, y se negaba a responder a cuanto estos hombres le preguntaban. La última vez que escuchaban su voz era cuando comenzaba a desvestirse. Después sólo cuerpo, sangre, nervios, tendones y silencio.

XXIX

La primavera hizo una reverencia y dejó paso al verano, a aquel último verano de desdicha.

La formación que salía diariamente a patrullar los cielos estaba compuesta por ya sólo veinte aparatos de los más de cien con que había contado antes. Los bombardeos americanos eran constantes, y la única respuesta que recibían eran los ataques suicidas contra la flota anclada en Okinawa.

Los cada vez más jóvenes kamikazes que llegaban a la base eran llamados tan deprisa que Ikko ni siquiera tenía tiempo de conocerlos bien, de saber por qué habían decidido marcharse de sus casas para morir, cuando era evidente que todo estaba perdido.

Pero cuanto más segura se hacía la derrota más muchachos se presentaban voluntarios, y más fervientes eran las cartas que escribían a Ikuko antes de partir.

Ella guardaba cada rostro en su memoria esperando el día en que todo hubiera acabado y pudiera pensar de nuevo en todos ellos, en lo que hubieran sido sus vidas si se hubieran prolongado hasta la vejez, en compañía de sus familias y de esas novias por las que, en un último gesto de fidelidad, algunos rechazaban sus caricias.

El 6 de agosto hubo tormenta, y la radio dijo que una gran bola de fuego había devorado una ciudad. Todos se estremecieron de terror, y al día siguiente despidieron a los cuatro muchachos que aguardaban su momento. El día 8 otra ciudad murió en las llamas, pero en la base ya no quedaba nadie esperando para salir, y al amanecer del día 9 sólo rompieron el silencio los motores de los últimos supervivientes de la

escuadrilla, que tozudamente continuaba sus patrullas. Sólo tres regresaron.

Aún llegaron otros dos muchachos, más jóvenes y desesperados que nunca, más dispuestos a enamorarse de la última sonrisa que habría de brillar en su camino.

Al amanecer del día 14, el que a la postre sería el último de la guerra, los dos jóvenes que aguardaban y los tres últimos pilotos de la escuadrilla se presentaron voluntarios ante el comandante de la base para realizar el ritual de despedida. El comandante Mera, con las manos temblorosas por la emoción, les ofreció una taza de sake y pronunció las palabras ceremoniales. Luego, firme en medio de la pista, los vio acelerar y despegar hacia el Sur. Se había quedado solo, completamente solo: todos los suyos habían muerto.

Ikuko contemplaba también la escena, como de costumbre, desde el borde de la pista. Sabía que aquello era el final, pero no sentía nada. El comandante fue hasta ella y le rogó que lo acompañara a su casa.

Eran los últimos, los fantasmas de la base.

Ikko no comprendía el motivo de aquella invitación, de la repentina confianza que le era concedida el comandante, pero prefirió no preguntar: le era totalmente indiferente lo que aquel hombre cansado y envejecido pudiera contestarle. Comieron en silencio mientras la radio anunciaba el cese de las hostilidades. Al día siguiente tendría lugar la capitulación.

Cuando terminaron de comer, el comandante salió de su silencio.

-Señorita Aitoshi.

Ikko casi se sobresaltó al ser llamada por su nombre con aquel tono de voz.

-Dígame, señor.

El comandante esbozó una sonrisa al oír como le llamaba

señor, pero no cayó en la obviedad del comentario.

-¿Quiere casarse conmigo?

Ikko no se podía creer lo que estaba oyendo, pero tampoco quería ser descortés. Trató como pudo de volver a sus más humildes modales para responder.

-Eso, si me lo permite, no está cerca de la cordura.

Duerma, descanse y deje que la paz nos devuelva a cada uno a nuestro sitio.

-El suyo está en la base y ya no hay base alguna.

- Nada ni nadie es imprescindible, y yo aún menos.

Taichi Mera se quitó las gafas en un gesto reflejo de desprotección, de apertura a la verdad.

-¿Qué será de usted? -preguntó. -No lo sé. Nadie lo sabe. '

-Sé muy bien lo que ha hecho en este tiempo.

-Nuca lo he ocultado -respondió Ikko sin pudor.

-Una mujer como usted merece algo mejor que el desprecio y la miseria, y todo el mundo respetaría a la viuda de un comandante.

Entonces Ikko comprendió de pronto lo que pretendía aquel hombre. No sería él el único superviviente de la base. No sería él tampoco quien abandonara a uno de los suyos. Pero ella no podía aceptar un matrimonio de esa clase, impuesto por la conveniencia como si lo hubiera concertado su familia.

-Muchas gracias, señor, pero no acepto esa clase de favores. No puedo aceptarlo.

Aitoshi Mera permaneció unos instantes eternos con los puños crispados, echando de menos una hoja que cubrir de finas líneas paralelas.

Pero no estaba dispuesto a ser vencido una vez más por el silencio.

-No le estoy ofreciendo que se case conmigo. Se lo

estoy pidiendo.

Ikko apreció entonces la verdadera naturaleza de la oferta. Le miró un instante y pensó que el comandante también merecía un poco de cariño antes de partir. Y le dijo que sí, que sería su esposa y llevaría siempre con orgullo su apellido.

-Vamos, pues -dijo el comandante por toda respuesta.

XXX

Fueron al pueblo, y ante unos campesinos, que obraron de testigos, contrajeron matrimonio. Luego volvieron al aeródromo, donde tuvieron una larga y dulce noche de bodas, compartiendo su tremenda soledad.

Al amanecer, el comandante Mera vistió el traje de botones negros, con cintas llenas de poemas que ella misma había copiado sobre jirones de las sábanas que esa noche habían usado. Después se ciñó el Hachimaki, bebió el sake que ella le ofreció, y a falta de nadie más para completar el ritual, la propia Ikuko gritó con todas sus fuerzas.

-¡Tenno heika banzai!

Mil años viva el Emperador.

-¡Banzai, banzai, banzai! -respondió el comandante.

No se acercó más a ella ni la volvió a mirar. Subió lentamente a un avión y se elevó en el cielo mientras Ikuko lo veía alejarse, y no hacia el Sur, sino hacia el Este, hacia el sol, tratando de fundirse con el padre de todas las criaturas.

Luego ella paseó lentamente por las pistas, sintiendo el aire sobre su vestido largo, y se soltó el pelo para que el viento

lo despeinara con sus ágiles dedos. Y fue tanta furia con que sopló aquel viento que aún pasa las horas sentada, cada día, tratando de peinarse los cabellos, tratando de peinarse los recuerdos.

Cuando termina, se levanta trabajosamente de su silla y sopla la vela, poniendo brusco fin a los dorados temblores de la llama para dejar reposar la vista sobre la vaga línea del horizonte que acaba de vencer al sol, y un día, remoto pero cierto, lo vencerá para siempre.

Sólo quiere esa venganza.

Este libro se terminó de imprimir
el día 26 de Enero de 2004,
festividad de San Timoteo,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO